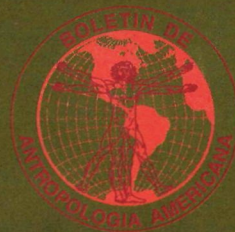
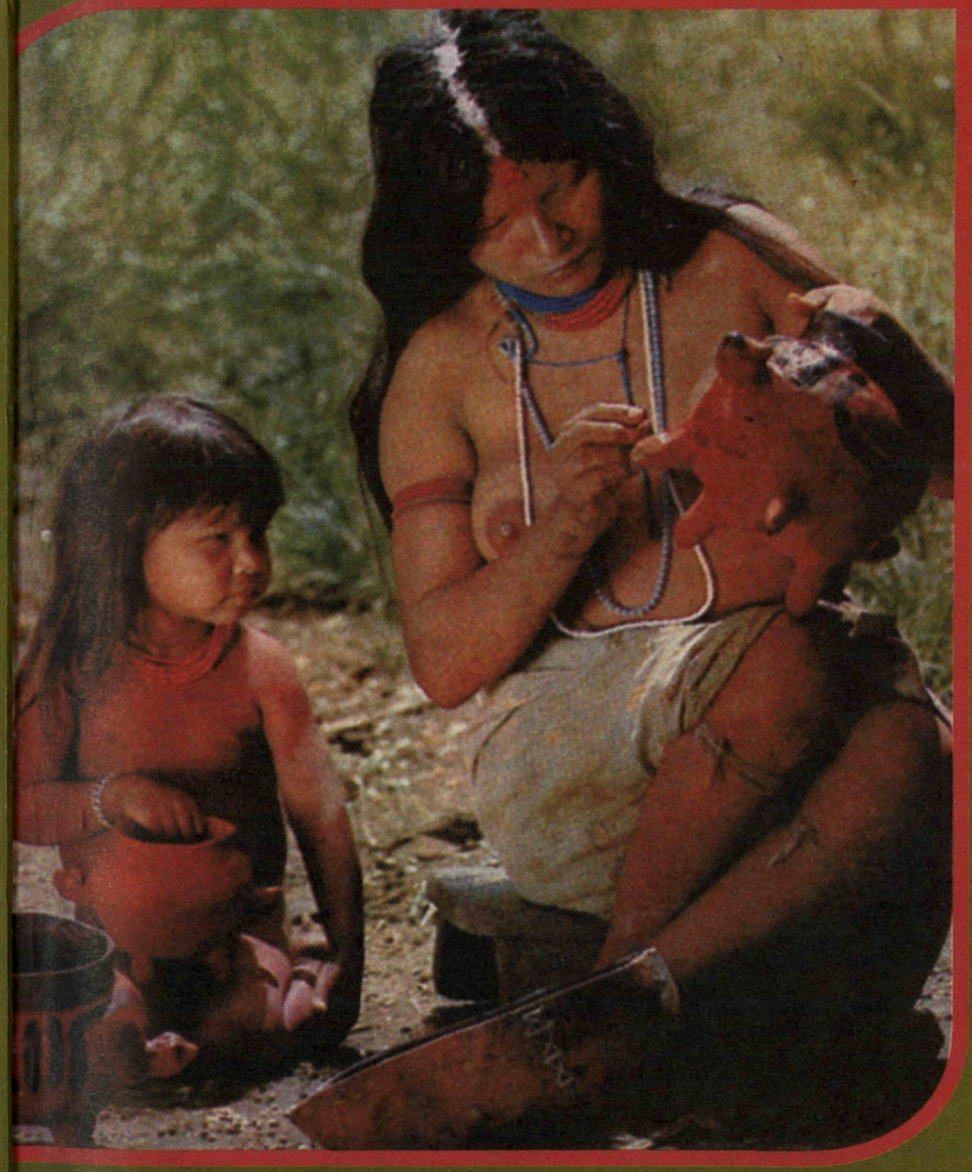


antropología americana

boletín de antropología americana



J. Estévez, A. Nila, X. Terradas, R. Pipó, M. Toubi, J. Gibaja, G. Ruiz Cazar o no cazar, ¿es ésta la cuestión? · Pedro V. Castro, Sylvia Gill, Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Ribault, Roberto Risch, Ma. Encarna Sanchoja y Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el sudeste ibérico · Guillermina Ruiz del Olmo e Iván Ruiz Godínez Re-pensando la re-producción · Héctor Díaz-Polanco Derechos indígenas en la actualidad · Marcelo Campagnolo Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después · Alejandro Terrazas Mata ¿Qué es, si es que es algo, una teoría biosocial en antropología física? · François Badaire El dilema de la autonomía indígena · Araceli Burguete Cal y Mayor Autonomías indígenas en los Altos de Chiapas · Héctor Díaz-Polanco La matanza de Acteal y la lucha por la autonomía · Marvin Matias Alonso, Xaureme J. Candelario Cosío, Marcellino Díaz de Jesús, Martha Sánchez Néstor Voces indias en la ONU · Rubén Darío Guevara Corral Salud y cultura reproductiva. El caso de las mujeres inganas urbanas

pedro v. castro
sylvia gili
vicente lull
rafael micó
cristina rihuete
roberto risch
ma. encarna sanahuja yll¹

teoría de la producción de la vida social. mecanismos de explotación en el sudeste ibérico²

La historia y la arqueología desde el marxismo

El marxismo se propone identificar y explicar las condiciones objetivas materiales en las que se basa la producción de la vida social, así como definir si las relaciones sociales que se establecen en y entre sociedades, explotan, ocultan y/o alienan al individuo social.

En primer lugar, vamos a exponer la teoría global de las sociedades a partir de la teoría marxista de la historia, la teoría clásica del materialismo histórico. Hemos introducido algunos matices sobre aspectos que creemos que completan la teoría clásica respecto a ciertos conceptos básicos relativos a la vida social, enunciando igualmente las implicaciones que en esta última tiene la materialidad social, objeto de estudio de la arqueología.³

¹ Universitat Autònoma de Barcelona.

² Esta ponencia fue presentada en el congreso *Arqueología Social Iberoamericana*, La Rábida (Huelva), 27 de julio de 1996.

³ Aportaciones a la teoría aquí desarrollada se encuentran en otros trabajos anteriores (Lull, 1988; Castro *et al.*, 1993; Risch, 1995; Castro *et al.*, 1996; Lull y Risch, 1996).

Las condiciones objetivas de la vida social y la producción

La vida social presupone la existencia de tres condiciones objetivas: las mujeres, los hombres y los objetos materiales que aquéllas/os utilizan y que redimensionan la naturaleza, otorgando un carácter social a ciertos segmentos del mundo físico. La expresión material de estas tres condiciones objetivas conforma la materialidad social.

En primera instancia, parece evidente que todo objeto producido es el resultado de la acción de mujeres y hombres en un marco social. Según esta idea, los hombres y mujeres ocuparían el papel exclusivo de agentes sociales, frente a productos u objetos sociales resultantes. Sin embargo, a tal sugerencia cabría realizar varias objeciones. En primer lugar, las mujeres y los hombres son tanto agentes como productos sociales, dado que han sido gestadas/os y formadas/os a partir de una vida social preexistente que, a su vez, involucraba hombres, mujeres y objetos sociales.⁴ En segundo lugar, las

⁴ Esta convicción es una llamada de atención a quienes otorgan al individuo la clave del proceso histórico. El individuo puede ser considerado agente de la historia en cuanto subjetividad conformista y/o resistente,

mujeres y los hombres, una vez gestados/as y formados/as, se convierten a su vez en objetos sociales a partir de las relaciones concretas que se establecen en el seno de la sociedad. Por su parte, los objetos sociales, al participar y permitir la reproducción de hombres y mujeres, se constituyen asimismo en agentes de la vida social.

En suma, sujetos y objetos sociales, en tanto materialidad social, se integran en la producción de la vida social y se expresan como fuerza de trabajo, medios de producción y/o productos.

El paradigma de la producción

La producción es un proceso determinado por tres estadios dialécticamente interrelacionados: la producción misma, la distribución y/o intercambio y el consumo. Dado que la producción ya implica consumo, los elementos básicos de la cadena, producción y consumo, están indisolublemente ligados y aparentemente interactúan mecánicamente, compensándose.

El marxismo sugiere que, dado que la producción es social y el consumo es individual, los factores transitivos entre ambos, distribución y/o intercambio, actúan como puente relacional entre lo social y lo individual (Marx, 1977:5-34).⁵ Es en este ámbito de transitividad producción-consumo donde en la propia producción social se establecen las relaciones sociales de distribución y/o intercambio que pueden alejar al individuo de la producción y hurtarle parte del consumo.

Con esta formulación quedaría claramente dissociada la propuesta marxista de otras aproximaciones. Frente a la libre traducción pseudomaterialista que sugiere mecánicamente que lo social determina la producción, el marxismo puede oponer la certidumbre de que la vida social está conformada por tres condiciones objetivas (*supra*) las cuales, aunque constituyen agentes sociales, se presentan en ella como

productos sociales. Dado que no existiría vida social sin producción de condiciones materiales, las relaciones de distribución e intercambio sólo son posibles según sea la dialéctica interna de la producción como condición objetiva de dichas relaciones. Frente al funcionalismo, que concibe la vida social como un sistema orgánico equilibrado y autorregulado, conformado por subsistemas interrelacionados por flujos que circulan en todas las direcciones, el marxismo propone una relación dialéctica. La producción social genera las condiciones objetivas en las que agentes sociales (sujetos y objetos) se relacionan con la propia producción. Las relaciones sociales de producción que emergen de la producción social y del consumo, inciden en la distribución e intercambio de los productos sociales. Frente al estructuralismo y el historicismo cultural, que consideran que el pensamiento y/o la conciencia son anteriores a la experiencia, el marxismo sostiene que la experiencia genera conciencia, y que los individuos como subjetividades se configuran, a la vez que como agentes sociales, como productos de las condiciones materiales de la vida social. Finalmente, el marxismo apunta que la producción misma refleja unas relaciones sociales específicas según como operen sujetos y objetos en la cadena productiva socialmente necesaria y según formen parte del consumo establecido. Este hecho descarta el mecanicismo económico, del que tantas veces se ha acusado al materialismo histórico.

La división del trabajo

Ciertos procesos de producción documentados a lo largo de la historia sugieren que la producción misma conlleva elementos de división técnica del trabajo que generan puntos de encuentro diversos entre grupos concretos de individuos según los lugares que ocupan los sujetos sociales en la producción. No obstante, este hecho no implica que a un reparto dado de tareas correspondan disimetrías entre grupos de individuos en el acceso al consumo. En el caso de que la producción y el consumo supongan una amortización indiferenciada del producto social, las relaciones sociales no cambiarán.

La división de tareas en el seno de una sociedad se establece cuando se exige un aumento socialmente necesario de la productividad. Dicha división puede ser el resultado de distintas situaciones materiales de la vida social que obligan o aconsejan un incremento de la producción social a consumir o bien una reducción del tiempo de trabajo. En dichos casos se buscará obtener un plusproducto o un menor trabajo según sean las exigencias.

Para obtener un plusproducto será necesario establecer mecanismos de aumento de la producción: el sobretrabajo, la mejora de los medios de producción y/o un reparto de tareas que aumente la eficacia productiva. Este último mecanismo supone ubicar a los individuos en distintos lugares del proceso de trabajo para asegurar que el aprendizaje y la experiencia derivada del dominio de un segmento de la producción repercuta en una mayor eficacia del tiempo de trabajo.

Cuando las relaciones sociales de producción mantienen unos vínculos integradores, de manera que la producción social cohesionada la vida social, amortizándose en el consumo, cualquiera de los mecanismos que se adopten para incrementar la producción no incorporarán nuevas condiciones a la vida social. El plusproducto será consumido de acuerdo con las nuevas necesidades que lo engendraron.

En estas condiciones, las esferas económica, social e ideológica permanecerán indiferenciadas y los mecanismos de distribución-intercambio no manifestarán disimetrías sociales. Si no se establecen relaciones sociales de producción que impliquen explotación, resultará indiferente la forma que adopte la distribución o el proceso de producción de alimentos. Frente a la idea de la antropología liberal, a veces disfrazada de sustantivista, de que ciertas formas de distribución (reciprocidad, redistribución) se vinculan a formas sociales concretas, puede argumentarse que éstas no generan relaciones sociales de producción específicas. Igualmente, la forma productiva desarrollada tampoco tiene por qué implicar una forma política determinada, frente a la presunción que asevera una determinación de este ámbito desde ciertos procesos producti-

vos (caza-recolección=igualitarismo, agricultura de irrigación=estado).

Sin embargo, la búsqueda de plusproducto genera condiciones necesarias para obtener una mayor productividad que incorporan a la vida social una nueva caracterización de la producción. La producción y las relaciones sociales de producción involucran inicialmente a la totalidad de los sujetos y objetos sociales, conformando un contexto de integración en el cual las esferas económica, social y política apenas podrían diferenciarse. Con la división técnica del trabajo, la vida social inicia su desintegración en contextos relacionales particulares. Éstos establecen una nueva dialéctica entre los sujetos sociales y su lugar en la producción, que empieza a expresar unas nuevas relaciones sociales de orden diverso a las previamente establecidas.

Con el reparto de tareas, la producción social pasa a depender de contextos particulares de la producción, lo que supone una fragmentación del sujeto social global, al redimensionarse éste en sujetos sociales particulares. La división del trabajo crea un nuevo marco relacional, constituyéndose en condición objetiva de contextos sociales particulares que dan lugar a percepciones subjetivas diferenciadas en los sujetos sociales, de acuerdo con el contexto material de la producción que ocupan. La división del trabajo que se instaura en tales condiciones, trasciende lo técnico y deviene social, pues genera unas relaciones sociales específicas en cada uno de los pasos del proceso productivo. Tales relaciones suponen el origen de las condiciones subjetivas individuales, mediante las cuales los individuos se reconocerán socialmente debido a su participación en los trabajos concretos que realizan dentro del proceso productivo.

Con la división social del trabajo, el énfasis ya no recae en el reparto de tareas socialmente establecido, sino en la división entre el trabajo realizado y la disimetría de los/as trabajadores/as en cuanto al acceso a lo producido. El germen de la división social del trabajo se encuentra en la aparición de contextos relacionales particulares derivados del reparto de tareas productivas y de las subjetividades sociales que emergen. Las relaciones establecidas en el seno de la pro-

pero siempre correlato y/o producto de determinadas condiciones materiales objetivas de existencia.

⁵ Original en alemán, publicado en 1939.

ducción entre sujetos sociales particulares pueden seguir un camino que suponga la aparición de relaciones particulares que beneficien a ciertos sujetos, en la medida en que éstos se apropien de alguno de los factores de producción. El desarrollo de nuevas condiciones de la vida social surgirá como consecuencia de la aparición del excedente y de la propiedad, con la consiguiente implantación de situaciones de explotación entre sujetos sociales.

El plusproducto, surgido originariamente de una exigencia colectiva de mayor aporte energético, se transforma en excedente cuando es apropiado para ser consumido disimétricamente, es decir, cuando la división del trabajo pasa a ser social (división social del trabajo). El excedente puede obtenerse acudiendo a la plusvalía absoluta mediante el sobretrabajo o bien a la plusvalía relativa si se desarrollan los medios de producción para incrementar la productividad. En ambos casos se aumenta la producción, condición necesaria para la aparición del excedente, aunque como hemos señalado, ni el sobretrabajo, ni el desarrollo de los medios de producción engendran mecánicamente relaciones sociales de producción diferenciadas y opuestas. Por otro lado, en situaciones de producción de excedente el reparto de tareas, como mecanismo organizativo para incrementar la productividad, puede redimensionarse con el fin de mantener la disimetría social.

División social del trabajo y propiedad

El requisito para establecer la existencia de la explotación consiste en determinar que ciertos sujetos sociales no tienen acceso a su parte correspondiente del producto social. Sea cual sea la división técnica del trabajo, si no hay disimetrías entre el producto social y el consumo individual no se puede hablar de explotación. Sólo podemos referirnos a la propiedad cuando se instaura la explotación. De la misma manera que el excedente sólo puede ser entendido en relación con la explotación, ésta sólo puede entenderse en función de la propiedad. La tríada excedente-explotación-propiedad es la nueva condición de la sociedad dividida.

Para que la apropiación del excedente se manifieste deberán establecerse en el seno de la producción social unas relaciones sociales de producción que enfaticen lo individual sobre lo social. Dependiendo de las nuevas condiciones objetivas surgidas de la fragmentación del sujeto social global, lo individual surgirá vinculado a los sujetos sociales particulares.

Estas nuevas condiciones objetivas particulares generadas a partir de la división social del trabajo exigen que el sujeto se construya ahora no sólo a partir de la producción y las relaciones de la vida social general, sino también a partir del lugar que ocupa en el proceso de trabajo por mediación de la división social del trabajo. El ámbito fáctico del individuo en la producción, es decir, el mundo de su contexto de trabajo y reproducción, ahora con dos caras, particular y social, reconstruirá al sujeto de una manera específica. El sujeto se apropiará de aquello que le vincula a la producción, lo cual permitirá que ciertos sujetos sociales pasen a mediatizar la propiedad como vehículo para asegurar que las relaciones de distribución resulten beneficiosas a nivel individual.

En suma, ante la exigencia inicial de aumento de la productividad bastaba acudir a la división técnica del trabajo, implementada mediante medios de producción específicos, o a la ubicación de diversos individuos en los diferentes pasos del proceso de trabajo. Las propias tareas particulares de los sujetos sociales los emplazan en diferentes campos del proceso de la producción, con lo cual pueden llegar a alienarse de la producción global. Dicha ubicación abre el camino a una disimetría en la distribución y a la división social de trabajo.

La división social del trabajo diferencia a los sujetos como fuerza de trabajo directamente relacionada con el recurso natural o bien como fuerza de trabajo que proporciona los medios de producción, los labores de mantenimiento o conservación de los productos o las actividades requeridas para la distribución del producto que la sociedad haya implementado. La división social del trabajo supone el punto de partida de la conciencia de que se puede obtener plusvalía mediante sobreproducto, gracias a una organización

más "racional" del trabajo. Condición social antes inexistente.⁶

Estas nuevas condiciones objetivas, al presuponer la existencia de lugares particulares de recurrencia de individuos, aportarán una nueva dimensión a la subjetividad de éstos. Estos grupos de implicación de individuos con unas relaciones sociales restringidas y específicas, correlato de experiencias diferenciadas, engendrarán nuevas conciencias de cohesión de un orden diferente al que les había conformado como sujetos sociales y que eran originarias de la sociedad como un todo. Con el establecimiento de las relaciones sociales por intermedio de la división social del trabajo entre grupos de individuos, la ubicación de tales grupos con respecto a la producción generará conciencias individuales derivadas de la experiencia de su propia práctica económica. Así pues, el individuo como producto social también se construye como producto de las relaciones específicas con su trabajo particular.

La propiedad se establece cuando algunos de los grupos usurpan una parte no correspondiente del producto social. No puede existir propiedad sin apropiación, de manera que la existencia de propiedad conlleva la usurpación de uno o varios sujetos sociales por otro u otros sujetos mediante el trasvase de excedente. La

propiedad consolida la división de la sociedad en clases, con sujetos apropiadores y sujetos explotados.

La usurpación que devendrá conciencia de propiedad procede en primera instancia del lugar o situación que los sujetos sociales particulares, el/la trabajador/a o los grupos de trabajadores/as, ostenten en cada uno de los procesos de la producción. Así, los/as trabajadores/as relacionados/as directamente con los recursos naturales están por definición alejados/as del producto en el caso de que el consumo de éste dependa de otros procesos posteriores. De la misma manera, los individuos que procesan los productos finales, transformándolos, por ejemplo, en comida, también estarán alejados de la producción de los mismos y dependerán del aporte de aquéllos.

En cambio, quienes proporcionan los medios de producción para incrementar la productividad o quienes gestionan la distribución del producto para el consumo individual tienen la llave para decidir el aporte de medios de producción o la forma de distribución del producto, puesto que ofertan, respectivamente, los medios para que la productividad no exija sobretrabajo y para que la distribución respete las condiciones sociales establecidas. Es por ello que la sociología marxista ha querido ver en los poseedores de los medios de producción o en los trabajadores no directos el germen de la propiedad como umbral de la explotación. Esto, unido a la alienación de los/as trabajadores/as directos/as tanto en el primer paso de la producción (el sujeto frente a los recursos naturales), como en el último (el sujeto frente al producto social ya constituido) generó socialmente una idea de dependencia material a partir de la cual se pudo gestar la apropiación.

Por todo ello, sugerimos que las relaciones sociales de la producción no surgen, en primera instancia, de una esfera política independiente, sino de la misma producción y de la división social del trabajo que, tras los procesos de enajenación del producto para un consumo diferenciado (explotación), implicará que ciertos grupos de individuos instauren un nuevo orden social que respete la propiedad y los mecanismos de

⁶ Dicha condición posibilitará a lo largo de la historia la dicotomía intelectual en torno al concepto de racionalidad y sus implicaciones al nivel de la acción política. Por una parte, se establecerá una posición que ve en la "razón social", existente o anhelada, un medio para lograr el bien común. A tal fin, se generará una ética sobre las conductas socialmente necesarias. Por otro lado, se producirá una línea de pensamiento que imagina una razón absoluta en el plano de la metafísica. Desde esta perspectiva, el bien común no será tal si no se ajusta a la idea de un bien absoluto, cuya definición pertenece al ámbito de la moral, como conjunto de normas esencialmente correctas de obligado cumplimiento. Los conflictos entre las doctrinas inspiradas en una u otra concepción de la razón (esumen en buena parte lo que se ha dado en llamar historia de la filosofía, historia de las ideas políticas e, incluso, historia de las religiones. Nada de ello, sin embargo, habría sido posible ni imaginable sin la división social del trabajo, es decir, sin las nuevas condiciones materiales que darán sentido a las conciencias.

explotación que ella conlleva. Esta disimetría entre los distintos grupos de individuos en el proceso de trabajo supone que el acceso al consumo deviene de las propias condiciones de la producción y no de supuestas relaciones sociales o ideológicas paralelas a la misma ni de voluntades o moralidades metafísicas ni de una supuesta "esencia" natural humana. Bien al contrario, el cambio social que conlleva la instauración de la explotación transformará los hábitos sociales o ideologías originales e integradoras de la sociedad, en las cuales las diferencias entre las esferas económicas sociales y políticas apenas eran perceptibles. Serán sustituidas por nuevas prácticas sociales basadas en la alienación que obligarán a los individuos a ser distinguidos según la nueva consideración social del trabajo que han inaugurado, desintegrarán lo social y exigirán nuevos mecanismos de cohesión entre las esferas económica, social e ideológica que en esos momentos ya están definidas nítidamente. Tal consideración social dependerá ahora de las prácticas sociales e ideológicas que se instaurarán para mantener el nuevo orden. Frente a las teorías sociales iniciadas con Durkheim (1982)⁷ que sostienen que la división social del trabajo cohesionan la sociedad, deberá entenderse que dicha división es esencialmente desintegradora y que la integración social sólo se logra sobre la base de la alienación generada por la ideología.

Explotación

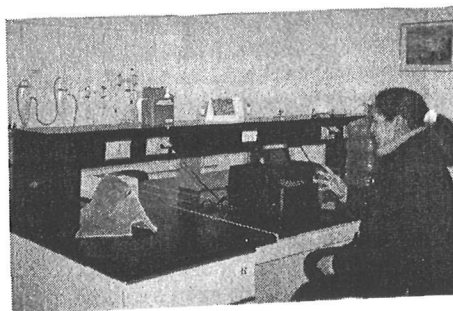
La investigación histórica desde la perspectiva marxista exige, por un lado, la investigación de la producción a partir de los diversos procesos de trabajo social y, por otro, de las relaciones sociales a partir del lugar que ocupan los sujetos sociales en la producción y en la sociedad como agentes y a la vez productos de las relaciones sociales de producción.

Sobre esa base será posible establecer la existencia en la historia de condiciones materiales objetivas que, mediante la obtención de excedentes generados a través de plusvalías y la

implantación de la usurpación legitimada como propiedad, determinen a su vez la existencia de relaciones sociales de producción que conducen a la explotación de unos sujetos sociales sobre otros.

Como hemos indicado, la división social del trabajo posibilita un cambio en el valor de los objetos sociales que redundan en un cambio en la simetría de los sujetos sociales. La apropiación de los medios de producción, de la fuerza de trabajo o de los productos en los procesos de distribución se convierte en un mecanismo de enajenación del producto social global, que se traduce en explotación. Ésta se materializará en dos dimensiones, tanto a través de un aporte de trabajo disimétrico a la producción social, con inversión energética no homologable entre los sujetos sociales, como a través del consumo diferenciado del producto social global. La explotación involucra igualmente a los sujetos sociales que configuran las condiciones objetivas de la vida social, a las mujeres y a los hombres, de manera que la diferenciación sexual se muestra como una de las dimensiones fundamentales de las relaciones sociales de producción disimétricas.

La explotación engendra la negación de los sujetos sociales desposeídos de parte del producto social que les corresponde, y genera una ideología que oculta la verdadera realidad de su presencia en la producción social global, legitimando la usurpación del excedente y conformando una construcción alienada de los individuos respecto a las condiciones objetivas materiales de su existencia. Inevitablemente, la consolidación de la disimetría social y de los mecanismos de explotación exigirá adicional-



mente el desarrollo de sistemas coercitivos que aseguren la continuidad de la usurpación y la perduración de las relaciones sociales de la producción que la posibilitan.

La producción de la vida social

Tras revisar las bases de la teoría social marxista, hemos considerado necesario introducir una nueva perspectiva en la valoración de la producción de la vida social. Hasta ahora hemos tenido en cuenta de manera global la producción social, pero si queremos proceder a situar en el lugar que les corresponde aquellos ámbitos de la producción que habitualmente han quedado al margen de las investigaciones históricas, deberemos pasar a definir la producción en sus distintos planos.

Consideramos que toda sociedad se reproduce mediante tres tipos de producción. La producción básica, la producción de objetos sociales y la producción de mantenimiento. La producción básica alude a la generación de nuevas/os mujeres y hombres, la futura fuerza de trabajo; la producción de objetos hace referencia a los alimentos y a todo tipo de implementos para el consumo o el uso; la producción de mantenimiento está destinada a conservar y mantener los objetos y sujetos sociales. Proponemos la consideración de estos tres tipos de producción debido a que, desde la economía política clásica, lastrada por el peso de perspectivas economicistas y androcéntricas, se ha tendido a enfatizar la producción de objetos sociales minusvalorando u ocultando las otras dos. Colocar las tres producciones en el mismo plano de necesidad para la producción social exige inevitablemente su valoración conjunta a la hora de emprender cualquier investigación.

La producción básica

El reconocimiento de la producción básica implica la consideración de la reproducción biológica como un proceso de trabajo específico, lo cual evita explícitamente la pretendida definición natural del mismo. Considerar la producción básica introduce además una dimensión

específica a la reproducción social, puesto que constituye la única producción en la que la obtención de plusproducto, ya sea para incrementar la fuerza de trabajo o para compensar pérdidas de la misma, no depende en ningún caso de mejoras de los medios de producción o de la introducción de sistemas de reparto de tareas que incrementen la productividad. Sólo el sobretrabajo de las mujeres permite un incremento de la producción de hombres y mujeres.

La participación de las mujeres en la producción social a través de la reproducción se muestra como un trabajo socialmente necesario. Toda la producción básica resultante del trabajo de las mujeres se configura como materialidad social colectiva, puesto que los hombres y las mujeres se incorporan a la vida social. Por definición, la producción básica implica un sobretrabajo para sus trabajadoras. Sin embargo, dicho sobretrabajo puede verse compensado mediante el acceso indiferenciado al producto social global y/o a través de la gestión de la vida social. En cambio, cuando las mujeres pierden el control sobre el producto social en el marco de una situación de fragmentación del sujeto social global, la división sexual del trabajo pasa a configurarse como ruptura social que transforma la diferencia de sexo en disimetría social. En tal caso, la producción de excedentes en la reproducción biológica únicamente puede lograrse mediante la plusvalía absoluta.

La producción de objetos

La producción de objetos incluye la consecución y procesado de los alimentos y la fabricación de los implementos, que configuran, junto a las mujeres y los hombres, la materialidad de una sociedad.

La producción de alimentos está orientada a la adquisición de medios subsistenciales para los hombres y mujeres. Las propias exigencias nutricionales de los individuos impulsan esta producción. Este ámbito de la producción de objetos abarca todos los procesos de trabajo que conducen a la disponibilidad para el consumo de los mismos, desde la producción primaria de materia natural destinada a la reposición energé-

⁷ Edición original francesa de 1893.

tica de hombres y mujeres, hasta el propio cocinado de la comida, sin el cual no es posible completar la producción destinada a la alimentación.

La producción de implementos o artefactos puede destinarse a la obtención de medios de producción y de artefactos de consumo. Los medios de producción son aquellos implementos que podrán ir destinados a su incorporación a otros procesos de trabajo de la producción de vida social. Tienen, por lo tanto, un destino mediador en la propia producción. Sea cual sea la exigencia social que impulsa la producción de medios de trabajo, ésta se gestará en el ámbito de la producción de objetos implementarios, ya sean los instrumentos necesarios para actividades de otras producciones de objetos alimentarios o implementarios, o para actividades de la producción de mantenimiento (de objetos o de sujetos sociales) e, incluso, para la reproducción biológica en la producción básica.

Por su parte, los artefactos de consumo son aquellos objetos destinados directamente a su utilización y amortización. Tienen, en consecuencia, un carácter consuntivo final. Su producción también deviene de exigencias sociales, aunque, en este caso, los artefactos de consumo se destinan a actividades ajenas a los procesos de trabajo. Las actividades relacionales de los sujetos sociales, en los órdenes político, ideológico o lúdico, demandan gran parte de los artefactos de consumo que la producción de objetos sociales suministra.

La producción de mantenimiento

La producción de mantenimiento está destinada a conservar y mantener los sujetos y objetos sociales. Esta producción permite aumentar el valor social de las cosas sin necesidad de cambiar su valor de uso, incrementándolo artificialmente o bien por la inversión de trabajo en una mejora de sus características físicas, químicas, afectivas o estéticas. La producción de mantenimiento puede ser un elemento clave para aumentar la fuerza productiva de un proceso de producción y para impedir el agotamiento de los sujetos y los objetos sociales.

Las relaciones sociales que conforman la producción de mantenimiento, así como los productos que conserva o mantiene esta producción, muestran una especificidad propia, así como vínculos específicos con respecto a los otros dos tipos de producción.

El reconocimiento de la producción de mantenimiento evita permanentizar la jerarquía entre producción y servicios, con el correlato de valoración social diferencial entre productores/as y servidores/as. No obstante, la dependencia de la producción de mantenimiento en relación con las producciones básica y de objetos, instaura las bases para una dependencia social de quienes se especializan en las tareas de mantenimiento-servicios, al establecerse contextos productivos subordinados y particulares. De hecho, en la producción de mantenimiento no se generan nuevos productos, sino que el producto final resulta el mismo que constituía el objeto de trabajo inicial. Por esta razón, el trabajo implicado en el mantenimiento ha tendido a ser considerado de bajo valor social. No obstante, esta concepción oculta que sin el concurso de la producción de mantenimiento la mayoría de los productos sociales no podrían incorporarse al consumo social. Dicha ocultación ha constituido la base de ideologías que enmascaran el valor del trabajo de la producción de mantenimiento en favor del trabajo en la producción de objetos.

Resumiendo, los hombres y las mujeres ligados/as a la producción de mantenimiento pueden quedar ocultos por las producciones básica y de objetos sociales, de las que dependen, con lo que pueden fácilmente desarrollarse disimetrías en la inversión de energía en el trabajo que benefician a los sujetos sociales particulares vinculados a otras producciones. Frente a tal posibilidad, reiteramos que conservar y mantener a los sujetos y a los objetos sociales constituyen tareas necesarias que no deben ser obviadas en el análisis de la producción de la vida social.

Los factores de la producción

Cada una de las tres producciones de la vida social imbrica formas productivas y procesos

de trabajo que le son propios. A la vez, en cada una de ellas se reconocen varios factores que configuran el denominado "esquema económico básico" (Risch, 1995) y que pueden ser resumidos en la siguiente formulación:

$$OT + FT + MP \Rightarrow P$$

OT es el objeto de trabajo. Constituye la materialidad que va servir de base y soporte para las transformaciones que, mediante el trabajo, generan el producto. Forma el segmento del mundo físico incorporado a la producción. No podemos considerar que OT equivalga a la materialidad natural en un sentido estricto, puesto que desde el momento en que la materia natural es afectada por la vida social adquiere dicho carácter social. Por tanto, OT se define como naturaleza socializada.

OT es el primer elemento de la producción, el origen del aporte de materia y de energía socialmente útiles. Desde Aristóteles hasta los fisiócratas se ha considerado que la tierra, como único elemento que da más de lo que recibe, es la base de la actividad económica y el principio estructurador de la acción colectiva en muchas sociedades. Sin embargo, en esta concepción se obviaba la realidad global de la producción de vida social. Por tal razón, debe incluirse en el concepto OT todo soporte inorgánico (tierra) u orgánico (biomasa) sobre el que se efectúa el trabajo. De esta manera, el cuerpo de las mujeres constituye el factor OT de la producción básica, mientras en la producción de mantenimiento OT es un producto sujeto a procesos de conservación o mantenimiento, tanto si dicho producto constituye un objeto social como si se trata de individuos. En la producción de objetos, OT es sinónimo de recursos naturales⁸ o

materias primas. Igualmente constituyen OT las fuentes de energía que se incorporan a los procesos productivos (combustibles).

FT es la fuerza de trabajo. Hace referencia al trabajo de las mujeres y de los hombres en cuanto sujetos sociales de la producción. El factor trabajo supone la inversión de energía por parte de los sujetos sociales en el proceso de transformación de OT en P. Esta inversión de energía supone que los sujetos sociales que aportan FT son los/as productores/as. La capacidad individual, habilidades aprendidas y experiencia mejoran la eficacia de FT en situaciones de reparto de tareas, de manera que la experiencia como FT contribuye a la productividad y constituye una condición objetiva de la división técnica y social del trabajo.

La FT de la producción básica procede de un sujeto social específico, las mujeres, lo que supone el punto de partida de la diferencia sexual. En la producción de mantenimiento de objetos, la FT se incorpora a procesos de trabajo ajenos a la génesis del producto, de manera que quienes participan en las tareas de mantenimiento pueden encontrarse en una posición de dependencia respecto a los sujetos sociales que participan en la producción de los objetos sociales que constituyen el factor OT de esta producción. Esta situación constituye una condición objetiva material que facilita la implantación de relaciones de explotación. Mención aparte merece el mantenimiento de la vida humana, donde en ocasiones los hijos/as pueden ser usurpados a pesar de que las mujeres hayan participado tanto en la producción básica como en la de mantenimiento.

MP son los medios de producción. Se trata de todos aquellos objetos sociales destinados a formar parte de los procesos de trabajo de cualquiera de las producciones sociales. Los MP incrementan la productividad de los procesos de trabajo, mediatizando la relación entre FT y OT. La disponibilidad de MP en la producción de objetos y mantenimiento de los mismos constituye el factor crucial para obtener un plusproducto sin invertir un sobretrabajo en la producción. Esta relación transitiva mediadora entre los otros dos factores de la producción

⁸ En una anterior publicación colectiva (Castro *et al.*, 1996c), el término recursos naturales (RN) ocupaba de forma aproximada lo que ahora hemos definido como OT. Las razones de este cambio obedecen a que el concepto RN estaba demasiado ligado a la producción de objetos, entendido exclusivamente como materia prima. De ahí que fuera un tanto reduccionista aplicarlo al resto de las producciones. OT, en cambio, no posee esta connotación y ofrece mejores posibilidades para designar la materialidad social involucrada de partida en toda producción.



supone que las mujeres y hombres que proporcionan los MP se encuentren, en situaciones sociales de división del trabajo, en condiciones objetivas materiales para apropiarse de los mismos y para imponer con ello relaciones de explotación.

Resulta posible la existencia de procesos productivos en los que no resulten necesarios MP y en los que la relación entre FT y OT sea directa. En tal caso, la obtención de plusproducto sólo es posible mediante el sobretrabajo o mediante la división eficaz de tareas.

En la producción básica no son necesarios los MP. Éstos, en caso de existir, no resultan relevantes para incrementar la producción, que sólo es posible gracias al sobretrabajo de las mujeres (*supra*). Esta relación directa FT-OT ha sido utilizada en la legitimación de la división sexual del trabajo, naturalizándola y atendiendo únicamente al plano OT de las mujeres en la gestación y el parto, lo que implica obviar el factor FT que supone. Las mujeres se enfrentan a las relaciones sociales de producción con una única posibilidad para evitar la implantación de una situación de explotación: mantener el control sobre su cuerpo y los productos que proporciona.

En la producción de objetos sociales y en la de mantenimiento, los MP son aquellos implementos que posibilitan la obtención de los productos, así como la realización de los procesos de conservación y mantenimiento. Entre los MP se incluye la fuerza de trabajo de origen animal, puesto que los animales, en tal caso, constituyen implementos sociales destinados a la producción.

Ciertos procesos de producción alimentaria y de mantenimiento de individuos no exigen la mediación de MP, sino únicamente la aportación de FT. Al igual que en el caso de la producción básica, estos procesos de trabajo también han solido ser enajenados de la vida social y reducidos al ámbito de lo natural. Quizás por ello no resulte casual que en la división social del trabajo este tipo de tareas se asignen habitualmente a mujeres.

P es el producto. Se considera producto a la materialidad social resultado de las tres producciones de la vida social. Son productos sociales tanto los hombres y las mujeres como los objetos sociales. En la producción básica, P son los propios hombres y mujeres en cuanto base de la vida social. En la producción de objetos, P son aquellos alimentos e implementos necesarios para la reproducción social. En la producción de mantenimiento, P es un estado nuevo, en un tiempo posterior, del propio producto que constituiría el factor OT del proceso de trabajo. Por esta razón, el trabajo implicado en el mantenimiento ha tendido a ser considerado de bajo valor social al no incorporar nuevos productos a la vida social, sin tener en cuenta que, sin el mantenimiento, muchos de los productos no podrían seguir siendo aptos para el consumo.

Las formas de la explotación y los modos de reproducción social

Todas las producciones son hechos sociales en cuanto involucran mujeres, hombres y objetos producidos y consumidos por la vida social. La distancia entre producción y consumo define lo que hemos denominado explotación (*supra*). La explotación se genera mediante mecanismos de apropiación. Cualquiera de los cuatro factores (OT, FT, MP y P) implicados en las tres producciones (básica, objetos sociales, mantenimiento) es susceptible de ser apropiado por agentes ajenos al/la propio/a productor/a que proporciona la FT. En función de este concepto se definen dos tipos de individuos o grupos de individuos: unos/as que usurpan y, necesariamente, otros/as que están en la tesitura de ser apropiados/as en cuanto a su cuerpo, su fuerza de trabajo o los

objetos que gestionan directamente (medios de producción y productos). No cabe la posibilidad de propiedad sin usurpación. En términos energéticos, podemos decir que la explotación es resultado de un reparto desigual de los costos y beneficios materiales y energéticos dentro de una sociedad.

La apropiación puede tener lugar en uno, varios o todos los factores de la producción, lo cual permitirá identificar las formas de explotación social. Por lo tanto, la pregunta que debe formularse para definir las formas de explotación en una sociedad concreta es, por un lado, ¿quiénes realizan el hecho social de la producción de hombres y mujeres, de objetos y del mantenimiento de los anteriores? y, por otro, ¿quiénes se benefician particularmente (consumo) de los productos resultantes? Habrá igualmente que considerar que las formas de apropiación pueden ir acompañadas o no de mecanismos de alienación, los cuales tienen por objeto ocultar y/o alejar de la conciencia del hombre o la mujer explotada, los mecanismos de apropiación que hacen posible dicha explotación.

El lugar que ocupan individuos o grupos de hombres y mujeres en función de los mecanismos de apropiación definirá las relaciones sociales de producción (RSP) en cada una de las tres producciones. RSP son síntesis relacionales que se manifiestan y cobran realidad en la esfera de las prácticas sociales (*infra*). La combinatoria de las RSP de cada producción conformará los modos de reproducción social (MRS).

En las teorías clásicas del marxismo, las RSP han sido concebidas únicamente desde la perspectiva de la producción de objetos sociales.⁹ Así, se ha denominado feudalismo a la usurpación de los OT, esclavismo a la usurpación de la FT y capitalismo a la usurpación de los MP, mientras que en las formas asiáticas la apropiación se concentra en el factor P. Sin embargo, si consideramos las tres producciones de la vida

social podremos valorar de manera más global y matizada las formas de explotación. En la producción básica, la explotación puede generarse con la apropiación de las mujeres como OT y FT por parte de los hombres o bien en la usurpación del producto (hijos/as) de las productoras directas de la reproducción biológica. En la producción de mantenimiento, la usurpación se puede centrar en cualquiera de los factores productivos, aunque habitualmente la propiedad crucial para establecer relaciones de explotación es el producto social objeto del mantenimiento, que es a la vez OT y P, aunque también la usurpación de FT asegura la explotación de los/as productores/as de servicios.

Materialidad social y arqueología

El desarrollo de la teoría social en dirección a la teoría arqueológica exige establecer claves para desocultar y reconocer los factores de la producción en la materialidad social. Para ello, es necesario establecer la transitividad existente entre la producción social y las evidencias arqueológicas. El estudio arqueológico de los productos, de los desechos de producción y de los medios de producción permite identificar los lugares de la producción y establecer cuáles son los MP que participan en el ciclo reproductivo. El trabajo gastado por las mujeres y los hombres e invertido en los productos permite ubicar a los individuos en la producción.

Objeto de trabajo: artefactos, arteusos y circundatos¹⁰

Arqueológicamente, el factor OT queda identificado por el plano de expresión de los arteusos de los objetos arqueológicos, puesto que OT constituye el segmento del mundo físico apropiado, gestionado o agotado por la producción social. En la producción básica, los restos óseos de las mujeres proporcionan información sobre la dimensión arteusual de su cuerpo y sobre su participación en la reproducción biológica. En

⁹ Excepto en algunas aportaciones del feminismo materialista (por ejemplo, Delphy, 1982; Falcón, 1981/1982) y de la antropología marxista (por ejemplo, Meillassoux, 1977).

¹⁰ Véase Lull (1988) para una definición inicial de los planos de expresión de los objetos arqueológicos.

la producción de objetos sociales, OT son las materias primas empleadas en los procesos productivos, ya sea la tierra, las fuentes de energía o ciertos segmentos de biomasa. En la producción de mantenimiento de objetos, los artefactos ocupan, metafóricamente, el papel de OT en los procesos de trabajo correspondientes, mientras que en el mantenimiento de los individuos, los esqueletos de mujeres y hombres pueden informar sobre la incidencia de esta producción.

El estudio de los artesanos es objeto de las aproximaciones paleoecológicas, que tratan de dar cuenta de la selección social del medio natural. Para ello, resulta necesario conocer, además del segmento del mundo físico apropiado socialmente, el estado del medio físico global. A pesar de que las dificultades para una valoración correcta de los recursos naturales son considerables, proponemos la investigación del plano de los circundatos de los objetos arqueológicos. Los circundatos informan de las dimensiones del mundo físico que no comprenden la socialización de la materia natural. Igualmente, informan de los parámetros biológicos del cuerpo de las mujeres en cuanto a OT de la producción básica.

La fuerza de trabajo

El factor FT se expresa en forma de inversión de energía humana en la producción. Este gasto de energía puede ser estudiado desde dos dimensiones, el propio esfuerzo de los sujetos sociales y el trabajo invertido en los productos. FT, como gasto energético, resulta reconocible en la transformación física conseguida, es decir, en los productos resultantes, así como en los residuos de la FT que son los restos humanos.

El desgaste, patologías y modificaciones derivadas de los esfuerzos y condiciones materiales del proceso de trabajo pueden ser observados en los restos físicos de los sujetos sociales, de los/as productores/as. Con ello, estaremos en situación de vincular los citados efectos laborales con los parámetros de sexo y edad de los individuos. En el caso de la producción básica, los restos de las mujeres nos informarán de las incidencias de la gestación y del parto.

Asimismo, estimando el estado de nutrición, higiene y salud de los individuos podremos aproximarnos a la simetría o disimetría entre el desgaste por trabajo y el acceso al producto social expresado mediante el consumo de alimentos y el beneficio de tareas de mantenimiento.

En segundo lugar, el trabajo invertido en los productos puede determinarse estimando el gasto energético exigido en los procesos de producción necesarios para la obtención y/o mantenimiento de los mismos. De este modo, podremos establecer el volumen de trabajo necesario para lograr un producto determinado, a la vez que definir la secuencia del proceso y la posible intervención de distintos sujetos sociales en el marco de la división del trabajo. Para determinar el producto social de la producción básica, será necesario estimar los parámetros demográficos y vincular las necesidades de la reproducción biológica, tanto para mantener el nivel poblacional, reponiendo nuevos individuos en función de las tasas de mortalidad, como para incrementar, en su caso, el tamaño global de la población. En lo que respecta a la producción de mantenimiento, pueden llegar a conocerse los cuidados dedicados a los individuos en cuanto productos sociales, así como las labores de conservación necesarias para el almacenamiento de productos alimentarios o implementarios. Asimismo, el grado de aprovechamiento de los productos mediante mantenimiento (revalorización de medios de producción, reparación de productos) informará de la intensidad de la inversión de trabajo previa a la amortización de los objetos.

Medios de producción: artefactos mediales

Los medios de producción son implementos mediadores en la producción que constituyen arqueológicamente artefactos, es decir, objetos sociales producidos como materia física transformada.

Los instrumentos de trabajo, cualquiera que sea su nivel de desgaste, suelen ser las únicas evidencias arqueológicas que pueden permitir una valoración cualitativa (cómo se ha producido) y cuantitativa (cuánto se ha producido) del

sistema económico y, por lo tanto, acceder al factor trabajo no sólo en su forma concreta y útil, sino también en su forma abstracta y productiva (Marx, 1959:8 y ss.).¹¹

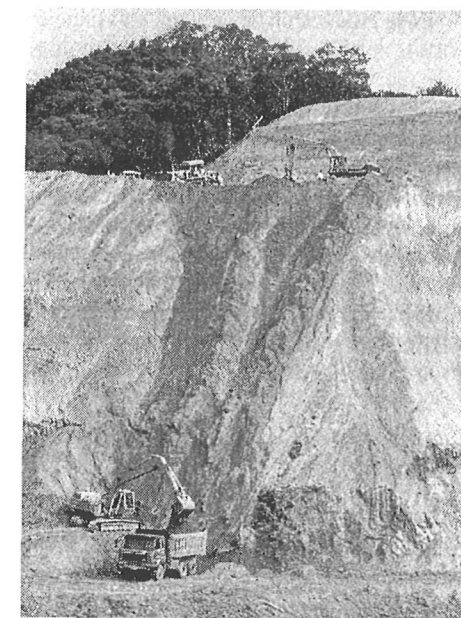
El valor de uso de los artefactos en cuanto medios de trabajo puede determinarse sobre la base del estudio de sus cualidades funcionales (materia, forma y superficies activas). Para asegurar la utilización de los artefactos en procesos productivos específicos debemos contar con su ubicación en contextos arqueológicos relacionales, donde sea posible establecer la relación transitiva entre los MP y otros objetos arqueológicos, bien sean materias primas, residuos de producción o productos. Igualmente, resultará posible determinar el uso, eficacia y amortización de los medios de producción mediante las huellas de uso y/o desgaste existentes en el propio artefacto.

La aproximación a los medios de producción también puede abordarse desde los propios productos. En ellos se materializan los procesos de trabajo que involucraron ciertos MP. Las huellas del trabajo de los MP en los productos informan sobre la utilización de aquéllos en la obtención de éstos.

La producción básica y, en muchas ocasiones, la del mantenimiento de individuos, no incluyen generalmente MP. Para su estudio contamos con la información sobre OT y FT. En la producción básica, las estimaciones demográficas (mujeres y hombres en cuanto P) indican el volumen de la misma.

Los productos: artesanos y artefactos

Los productos básicos de la sociedad son las mujeres y los hombres, que constituyen condiciones objetivas materiales de la vida social. El conocimiento arqueológico que podemos obtener de éstas proviene fundamentalmente del estudio de los propios restos humanos. En cuanto materia natural socializada, la materialidad de los hombres y las mujeres se muestra con una dimensión de artesano. A través del estudio de los restos biológicos de los individuos se obtie-



ne información sobre su condición biológica (sexo y edad), así como sobre las repercusiones de las condiciones materiales de su existencia (trabajo, alimentación, salud, higiene).

En la producción de objetos sociales, podemos distinguir la producción de alimentos y la de implementos. Los alimentos, como productos subsistenciales, participan en el ciclo reproductor en calidad de regeneradores de energía humana, por lo que su consumo efectivo dificulta su constatación arqueológica. La conservación arqueológica de los alimentos, de no mediar mantenimiento expreso, suele ser casual o bien detectarse a partir de los artesanos residuales de la alimentación (restos de vegetales, conchas de moluscos, restos óseos), lo que suele permitir una identificación cualitativa de la producción (qué se producía), pero no una valoración cuantitativa directa. Para ello, deberá acudir a índices métricos que permitan estimaciones cuantitativas indirectas mediante el recurso a dimensiones absolutas de referencia.¹²

¹² La dimensión óptima de referencia es el volumen de sedimento excavado, el cual permite calcular la densidad de restos de forma absoluta.

¹¹ Primera edición original en alemán, 1867.

En la producción de implementos también existe la posibilidad de una pérdida de información arqueológica, especialmente cuando los artefactos fueron manufacturados a partir de materias primas susceptibles de reutilización o reciclado en nuevos procesos productivos. El ejemplo más claro sería la producción de objetos de metal, que pueden refundirse para la producción de otros nuevos. Este aprovechamiento máximo de la dimensión artesanal del artefacto no obsta para que la información de la producción implementaria pueda ser obtenida a través de otros ámbitos de la materialidad social.

Una propuesta de arqueología de los excedentes

La noción de excedente debe ser entendida en relación con la de propiedad, es decir, como aquella parte de la producción que no revierte en forma alguna en el sujeto social que la ha generado, de manera que involucra necesariamente la existencia de explotación (*supra*).

La determinación arqueológica de los excedentes no puede realizarse desde los artefactos considerados aisladamente, dado que éstos son a la vez productos y valores de uso. El consumo de productos sociales por parte de los sujetos sociales no depende directamente del lugar que éstos ocupan en la producción. Por ello, un producto situado en un espacio de consumo no informa de la relación existente con la producción, ni permite saber si existe un desajuste social entre la inversión de fuerza de trabajo y el consumo de los productos obtenidos. Será necesario establecer el valor social de los productos, ya que de aquél depende su carácter excedentario. El valor social del producto no es algo absoluto, sino que se establece a partir de la relación existente entre la producción social y el consumo individual, según cada situación históricamente determinada de la materialidad social. En consecuencia, el excedente sólo puede ser determinado (1) desde un análisis de la globalidad del sistema de producción y (2) desde la definición de la función que desempeña el artefacto o artefacto dentro del esquema económico expuesto.

Los medios de producción, su distribución espacial y su relación con los espacios de consumo permiten definir el carácter del sistema de producción. Para ello será necesario conocer las prácticas sociales que acontecen en una formación económico-social, es decir, las formas de relación entre hombres, mujeres y objetos sociales en las áreas y lugares de actividad social. Las prácticas sociales tienen la finalidad de reproducir la vida social y es en ellas donde podremos determinar el ámbito de la producción, la distribución y el consumo desde el estudio arqueológico de la materialidad social.

Las prácticas sociales

Los tres tipos de producción social enunciados más arriba se manifiestan históricamente en prácticas sociales específicas y concretas que constituyen la expresión fenoménica de los modos de reproducción social. Las prácticas sociales se expresan en lugares que ponen en relación objetos y sujetos. Éstos participan en las prácticas sociales al ser significados por la producción de vida social específica que los ha generado. La producción social ha determinado las condiciones objetivas y ha conformado las condiciones subjetivas de los sujetos sociales. En suma, ha determinado su lugar en la sociedad y dicho lugar les permite involucrarse en prácticas sociales concretas.

Las prácticas sociales producen sociedad en un orden distinto a la producción social. Construyen o destruyen sujetos y objetos y establecen todos los márgenes posibles de expresión de una sociedad concreta. Las sociedades se diferencian unas de otras por sus prácticas sociales. En cambio, las sociedades se equiparan o no entre sí según la producción de la vida social que permite o soporta dichas prácticas y sin la cual éstas no podrían manifestarse. Por tanto, las sociedades concretas pueden distanciarse en sus prácticas sociales y aproximarse en la producción social que las procura. De esta forma, al emprender un estudio de la sociedad humana a nivel global será imprescindible enfatizar la producción de vida social, mientras que para un estudio de las sociedades concretas se hará im-

prescindible la investigación de las prácticas sociales que expresan los estados de la producción de vida social.

Así pues, la investigación sociológica deberá partir de dos líneas de interés: (1) la investigación de la producción social como soporte de la vida social y (2) el estudio de la expresión fenoménica de la producción social mediante las prácticas sociales. Gracias a éstas podremos distinguir las casi infinitas formas diversas de expresión de lo social, que no hay que confundir con los escasos modos de producir lo social, dado que las prácticas constituyen universos singulares de manifestación de lo socialmente producido.

Las producciones sociales se manifiestan en prácticas sociales específicas, pues la vida social es tanto manifestación como condiciones objetivas. La condición objetiva de las prácticas sociales es la propia producción de vida social. Las prácticas serán integradoras, desintegradoras, comunitarias, segmentarias, particulares o públicas según sean las condiciones objetivas de la producción de vida social. Sin embargo, producción y prácticas no establecen un vínculo mecánico e inexorable, puesto que existe un elemento de lo social, su historia, que actúa como capital preexistente y valor añadido a las condiciones objetivas de la producción social, circunstancia que puede distanciar las propias prácticas de las condiciones objetivas que las permiten. Dicho capital y valor añadido puede incluso permanentizar en ciertas sociedades unas prácticas sociales que exceden o trascienden la producción socialmente necesaria en una situación histórica determinada.¹³ Pese a ello, se conservan y demandan para su realización productos obtenidos a partir de relaciones sociales de producción muy distintas de aquéllas en cuyo seno cobraron sentido originariamente.

Por todo lo señalado, reiteramos la necesidad de investigar ambas líneas, producción y prácticas sociales, a fin de determinar si los valores añadidos para la ejecución de dichas prác-

ticas descansan en formas de producción preexistentes. Sólo así, y de cara a desocultar las alienaciones de los sujetos sociales, podremos adentrarnos en la investigación del peso de la historia o de las historias en las prácticas sociales y establecer en qué condiciones prefiguran un *a priori* de la producción de vida social. De cualquier modo, el cruce entre las dos líneas de investigación, la de la producción social y la de las prácticas sociales, resulta inevitable, dado que ambas construyen o destruyen a los sujetos y a los objetos sociales. La diferencia entre las dos estriba en que la primera (la producción social) los explica a través de su lugar real y objetivo en la producción social, mientras que las segundas (prácticas sociales) generan además universos de intersubjetividad que trascienden aparentemente la realidad social, a partir de una fenomenología que instrumentaliza al sujeto y lo reconstruye formalmente mediante una acción mediática.

Las prácticas sociales constituyen experiencias relacionales de los hombres y las mujeres entre sí y con la materialidad que utilizan, generan y que los/as mismos/as conforman. Marcan en un sentido concreto combinaciones específicas de las tres condiciones objetivas de la vida social y dan como resultado vivencias, convicciones y conciencias. Es en los ámbitos de las prácticas sociales donde se redimensiona la intersubjetividad de los sujetos sociales. Por lo tanto, las prácticas sociales constituyen el universo fáctico de la existencia social. Dado que las prácticas sociales se expresan históricamente, la combinatoria varía según la articulación de las tres condiciones objetivas implicadas en la vida social. Por ello, las sociedades humanas se asientan y definen a partir de determinadas prácticas sociales y sólo son empíricamente en cuanto a dichas prácticas.

Las prácticas sociales muestran vínculos de relación entre mujeres/hombres según sus condiciones materiales de existencia. La naturaleza de dichos vínculos corresponde a tres esferas relacionales que denominamos: prácticas socio-parentales, socio-económicas y socio-políticas.¹⁴

¹³ Así, manifestaciones supervivientes del pasado, muchas de ellas agrupadas en la denominación de "cultura", resultan irrelevantes para el funcionamiento económico del capitalismo transnacional actual.

¹⁴ Para una descripción detallada de cada uno de estos tres ámbitos de prácticas, véase Castro *et al.*, 1996a.

Las prácticas socio-parentales

Las prácticas socio-parentales tienen como protagonistas a mujeres y/o hombres vinculados por lazos de consanguinidad o afinidad. Incluyen actividades destinadas a la gestación, al amamantamiento, a la realización de aquellas tareas relacionadas con el mantenimiento de la fuerza de trabajo de una comunidad (en particular, de aquellos individuos que, por impedimentos físicos, son incapaces de valerse por sí mismos temporal o permanentemente, como niños/as, enfermas/os, heridos/as) y a la formación de niños y niñas en tanto que hombres y mujeres, en lo que constituye la primera socialización de la condición sexual de los sujetos sociales.

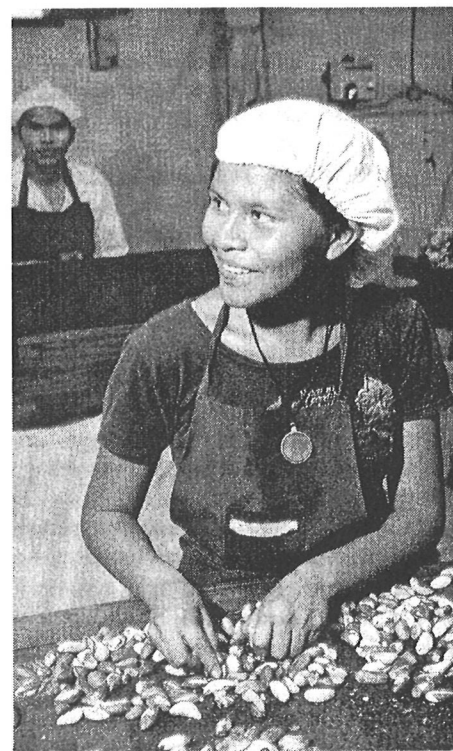
Si las actividades enumeradas se hallan realizadas por individuos ajenos a la esfera socio-parental, las prácticas resultantes serán consideradas como socio-políticas (*infra*). Así, la alimentación y cuidado de una criatura por parte de un individuo involucrado en las prácticas socio-parentales constituye un claro ejemplo de este tipo de práctica, mientras que si tales cuidados son efectuados en un hospital o en un orfanato constituirán prácticas políticas. Por lo general, las prácticas socio-parentales se hallan en función de otras prácticas que trascienden este ámbito.

Las prácticas socio-parentales implican, por tanto, la producción básica y la producción de mantenimiento de los individuos sociales. La FT imbricada necesariamente en las prácticas socio-parentales es la de las mujeres en la producción básica. En la producción de mantenimiento puede haber la incorporación de la FT de los hombres si no existe una división social del trabajo que aísle a las mujeres como único sujeto social en este tipo de prácticas. Los OT involucrados en las prácticas socio-parentales son las mujeres en cuanto a la producción básica y los propios individuos sociales en cuanto a la producción de mantenimiento.

Aunque no resultan imprescindibles los MP, en las prácticas socio-parentales pueden ser con-

sumidos objetos sociales; no obstante, la producción de éstos no atañe a esta esfera de prácticas, sino a las económicas. Los procesos mediante los cuales se obtiene el alimento son distintos de la producción de mantenimiento que supone, por ejemplo, suministrarlos a un pariente. Los primeros entran en lo económico (desde la obtención de ingredientes hasta su cocinado), la segunda, en lo parental.

Dado que las prácticas socio-parentales comprenden las actividades básicas del mantenimiento de la vida e involucran relaciones generadoras de los sujetos sociales en su condición sexual, podemos esperar que se expresen materialmente y arqueológicamente en lugares recurrentes cuantitativamente. Mientras las prácticas socio-económicas y las prácticas socio-políticas pueden ubicarse en espacios singularizados, la reproducción y mantenimiento de los sujetos sociales tiende a fragmentarse de acuerdo con relaciones de consanguinidad y afinidad.



Las prácticas socio-económicas

Las prácticas socio-económicas incluyen aquellas actividades vinculadas con la producción de objetos sociales y con la producción de mantenimiento de los mismos. En la producción y mantenimiento de los objetos sociales convergen todos los factores de la producción, suministrando alimentos e implementos con valor de uso. Los productos de las prácticas socio-económicas pueden ser arteusos y artefactos.

A diferencia de las producciones ubicadas en las prácticas socio-parentales, que pueden no exigir MP, las prácticas socio-económicas se reconocen por la presencia de éstos. Su estudio, que deberá incluir la disposición espacial de dichos objetos, informará de los procesos de trabajo implicados en cada una de las ramas de la producción que los involucran. El plano artefactual de un objeto indica que es producto de prácticas económicas, pero será su situación con respecto a otros objetos lo que permitirá determinar que se trata de un MP en una práctica socio-económica dada. La relación transitiva entre un artefacto medial, apropiado para un proceso de trabajo, y otros objetos sociales ligados al mismo proceso, bien sean arteusos (materia prima, residuos) o artefactos (productos) permite asegurar su carácter de MP. En todo caso, su presencia no responde únicamente a las prácticas socio-económicas, sino que cobra significado en las prácticas socio-políticas o socio-parentales como gestoras o controladoras de lo producido.

La producción propia de las prácticas socio-económicas exige saberes sociales específicos para la gestión económica, cuyo aprendizaje tiene lugar en las prácticas socio-parentales o en las socio-políticas.

Las prácticas socio-políticas

Las prácticas socio-políticas son aquellas que, mediante acuerdos o imposiciones, están destinadas a establecer las formas políticas e ideológicas que regirán la vida social. Afectarán tanto a la esfera de las prácticas socio-parentales como a la de las socio-económicas. Las relaciones so-

ciales de producción se expresan en las prácticas socio-políticas, tanto si son globales, como si se muestran particulares, bien por la aparición de contextos de producción específicos derivados del reparto de tareas, bien por su configuración diferenciada en el caso de que la división social del trabajo haya engendrado excedente, propiedad y explotación.

Las prácticas socio-políticas involucran objetos sociales y dan un sentido específico a la producción, orientándola a la consecución de objetivos que trascienden a los productos y a los/as productores/as concretos. De esta manera, colonizan las distintas producciones y las reordenan y reconvierten según intereses políticos específicos que no existían por definición en la producción.

Las organizaciones políticas, institucionalizadas en mayor o menor grado, aglutinarán individuos procedentes de distintas unidades parentales para la consecución de fines variados. Sin embargo, la propia familia fue en origen una creación fruto de una determinación política, aunque las unidades parentales y políticas no sean necesariamente isomorfas y, sobre todo con la aparición del Estado, sus intereses pueden llegar a ser contrapuestos. El Estado institucionalizó formas de explotación que se añadieron históricamente a la sexual y las mantuvo gracias al uso de la fuerza o a la amenaza de dicho uso. Al igual que ocurría con la familia, una decisión política zanjó el conflicto consolidando una desigualdad.

En otro plano, la colonización de las prácticas socio-económicas y socio-parentales por las socio-políticas puede llegar a enajenar la condición de las mujeres y hombres que participan en ellas, ocultando el valor de su presencia en la vida social y su relación con las condiciones materiales de la existencia. Nos referimos al fenómeno conocido como alienación. La génesis de ideologías alienadoras se encuentra, por lo tanto, en la construcción de sujetos sociales políticamente circunscritos a los lugares de la producción donde se formaron. Las condiciones objetivas materiales de la producción engendraron sujetos sociales, pero las prácticas socio-políticas actuaron en el sentido de profundizar y

mantener disimetrías y relaciones de explotación sustentadas en la usurpación del excedente.

Las condiciones objetivas de la vida social poseen un claro contenido material que facilita su constatación empírica. Desde la arqueología es posible identificar hombres, mujeres y condiciones materiales en un espacio físico. Así pues, la arqueología se encuentra en una posición privilegiada, ya que su aproximación a las condiciones objetivas de la vida social es directa o de primera mano.

La identificación de los tres tipos de prácticas exige la consideración de los planos de expresión de los objetos arqueológicos (artefacto, artefacto, circundato) hallados en espacios definidos. La relación transitiva entre dichos planos permitirá proponer áreas de actividad y lugares de reunión de tales áreas. De dicha propuesta será posible inferir los tres tipos de prácticas sociales, atendiendo a la documentación de procesos de transformación de la materia (prácticas socio-económicas) o a partir de la recurrencia o singularidad de las áreas y lugares expresados empíricamente (prácticas socio-parentales y socio-políticas).¹⁵

Las prácticas sociales se sitúan en el plano descriptivo, señalan una relación de sentido en la fenomenología material. Nominan solamente el contexto que justifica una reunión de materialidad social, pero no la explica.

Un análisis de los mecanismos de explotación en el sudeste peninsular (c. 3000-1550 cal a.n.e.)

Los grupos del calcolítico del sudeste peninsular (c. 3000-2250 cal a.n.e.)

En las páginas siguientes nos centraremos en las manifestaciones arqueológicas del sudeste peninsular datadas entre c. 3000-1500 cal a.n.e.,

¹⁵ En este trabajo no detallaremos el proceder analítico que permite definir los tres tipos de prácticas en el registro arqueológico, ya que ello excedería el marco de esta publicación. De este modo, nos remitimos a otro lugar (Castro *et al.*, 1996a), donde este tema recibió un tratamiento específico.

periodo en que se registran sucesivamente un horizonte cronológico-cultural (calcolítico) y un grupo arqueológico establecido rigurosamente sobre la base de recurrencias artefactuales (grupo argárico). Ambos casos nos servirán como ejemplo de integración de las evidencias empíricas con el marco teórico propuesto. Desarrollaremos el ámbito correspondiente a las tres producciones de la vida social, analizando el estado de cada uno de los factores implicados en ellas (explotación de la tierra y de los recursos naturales en general, medios de producción, aspectos cualitativos y cuantitativos de la producción resultante, y productividad y organización de la fuerza de trabajo). Igualmente, consideraremos los mecanismos a partir de los cuales resulta posible mostrar la eventual existencia de relaciones de explotación. Dejaremos para otro lugar, la concreción arqueológica de las prácticas sociales en el Sudeste prehistórico, a la espera de que una futura profundización del registro arqueológico y una mayor accesibilidad a los datos del mismo permitan la definición empírica de las mismas.

La producción básica

El incremento demográfico experimentado durante el calcolítico en relación con el neolítico habla por sí solo de la importancia de la producción básica. En tanto productoras de la fuente de fuerza de trabajo, el papel reproductor de las mujeres resultó especialmente crucial. Desafortunadamente, a pesar de la abundancia de restos humanos documentados en el rico registro funerario calcolítico, la carencia casi absoluta de análisis antropológicos limita el conocimiento de hasta qué punto fue explotado el potencial reproductor femenino. Buena parte de los restos óseos exhumados proceden de las excavaciones pioneras de L. Siret en las necrópolis de tumbas colectivas de Los Millares y La Encantada (Siret, 1893, 1906), cuya investigación fue retomada posteriormente por otros/as investigadores/as (Leisner y Leisner, 1943; Almagro y Arribas, 1963; Ma. J. Almagro Gorbea, 1965). Muchos de estos restos se han perdido a lo largo de los años y el estudio de los

que se han conservado todavía no ha sido entendido de manera sistemática. De esta forma, el único informe de cierta entidad es el realizado por Botella (1973) sobre los huesos de la necrópolis de El Barranquete (Ma. J. Almagro Gorbea, 1973), aunque sus resultados son insuficientes en cuanto a la obtención de los datos que aquí nos interesan.

En lo que respecta a los lugares donde se realizó la producción básica, cabe proponer que ésta se restringió a ámbitos de prácticas socio-parentales inferibles a partir de la recurrencia de las conocidas cabañas de planta circular o pseudocircular. Estas estructuras han sido excavadas en los yacimientos mejor conocidos, como Almizaraque (Delibes *et al.*, 1986), Los Millares (Arribas *et al.*, 1985), Las Pilas (Alcaraz, 1990), Cerro de la Virgen (Schüle, 1980) o El Malagón (Moreno, 1993). Su tamaño es variable, oscilando por lo general entre tres y siete metros de diámetro, por lo que es de esperar que albergasen un número reducido de individuos de ambos sexos.

Así pues, la única inferencia realizable sobre la escala de la producción básica proviene, como ya hemos señalado, de la consideración del aumento de los productos (P), es decir, del incremento demográfico observado respecto al periodo anterior. Dicho incremento ha podido ser inferido a partir de la constatación de un aumento en el número y extensión de los asentamientos, tanto a la escala local de la Depresión de Vera (Almería) (Castro *et al.*, 1995a) como en la globalidad del sudeste peninsular (Chapman, 1991). Como veremos, el volumen de fuerza de trabajo generado desde la producción básica constituirá la base del desarrollo de las restantes producciones de la vida social, especialmente la de objetos sociales.

La producción de objetos sociales

En esta producción podemos diferenciar entre alimentos, medios de producción y artefactos de consumo. Cada uno de estos objetos sociales implica recursos naturales, fuerza de trabajo e instrumentos de trabajo que se articulan en procesos de producción específicos.

La producción y el consumo de alimentos

El análisis de la producción alimentaria debe iniciarse desde la valoración de la tierra como recurso natural (OT). A la espera de estudios paleoecológicos detallados, esta cuestión puede ser abordada a partir del análisis de la naturaleza y distribución geográfica de los asentamientos. Los trabajos de campo realizados en la Depresión de Vera (Castro *et al.*, 1994a) han permitido constatar importantes diferencias entre los yacimientos calcolíticos en función del volumen de materiales hallados en superficie y de la continuidad estratigráfica observada en algunos casos. Así, se han documentado importantes variaciones en la densidad de fragmentos cerámicos detectados a nivel de prospección. Además, en muchos yacimientos se registra una marcada escasez de artefactos de molienda, circunstancia que consideramos un buen indicador para la inferencia de ocupaciones poco prolongadas, dado que, teniendo en cuenta que la producción y procesado (molienda) cerealista están constatadas en los poblados calcolíticos, la baja frecuencia de molinos indica que el poblamiento fue breve, habida cuenta de que la vida útil de éstos se estima entre diez y veinte años (Schlanger, 1991). En este sentido, Fernández-Miranda (1992) ya propuso que la mayoría de los yacimientos calcolíticos documentados corresponderían a pequeñas aldeas. Sólo en algunos se aprecian restos destacados de estructuras arquitectónicas en piedra, y suele ser precisamente en éstos donde se constata la mayor abundancia de materiales arqueológicos. Aún así, la secuencia estratigráfica del poblado de Almizaraque (Delibes *et al.*, 1986) ha puesto de manifiesto que el lugar no se ocupó de forma continua y que el tamaño de su población tampoco fue constante.

A partir de estas evidencias, es posible proponer un modo diferenciado de ocupación del espacio. Frente a un número escaso de asentamientos estables y de notable extensión con viviendas de piedra, muchas veces acompañadas de otras edificaciones de carácter defensivo, existió un gran número de poblados de corta duración formados por estructuras poco resistentes. Esta polarización se manifiesta, además,

en una clara diferencia en cuanto al tamaño de los asentamientos (Mathers, 1986; Chapman, 1991; Castro *et al.*, 1994a). Así, mientras que algunos yacimientos no llegan a ocupar más que varios cientos de metros cuadrados, otros, como Los Millares, presentan extensiones de hasta cinco hectáreas.

La distribución geográfica de los yacimientos revela que se localizan prácticamente en todos los contextos geo-ecológicos del Sudeste, desde las tierras altas hasta la línea de costa. Sin embargo, la ubicación más característica se realiza sobre terrazas fluviales o glacis situados junto a los cauces de las ramblas actuales (Siret, 1913; Mathers, 1986; Castro *et al.*, 1994a). Dicha localización habría facilitado el acceso a los suelos con mayor humedad natural, así como a tierras de secano de aceptable calidad en las cercanías llanuras terciarias. Las especies vegetales constatadas de forma mayoritaria son los cereales y las leguminosas (Arribas, 1968; Martín Socas, 1978; Rivera, Obón y Asencio, 1988; Hopf, 1991). Los cereales (trigo y, fundamentalmente, cebada) pudieron haber sido cultivados en régimen de secano tanto en las vegas como en las llanuras (como ocurre todavía en la actualidad), y las legumbres (habas, guisantes) y el lino ocuparían las parcelas más húmedas próximas a los cauces hídricos. En las tierras de secano, es de esperar un régimen de barbecho de duración variable en función del tipo de suelos y del volumen de precipitaciones anuales. En cambio, en las parcelas con mayor grado de humedad próximas a los cauces hídricos cabe suponer la práctica de estrategias de secano intensivo con barbechos cortos o bien la puesta en práctica de sistemas de riego tecnológicamente sencillos, cuya presencia, sin embargo, no está confirmada por los datos arqueológicos (Chapman, 1991). La dieta vegetal se completaba con el consumo de otras especies documentadas de manera más esporádica, como olivas/acebuchinas, vid o bellotas (Rivera, Obón y Asencio, 1988).

Recientes investigaciones han mostrado que la totalidad de los asentamientos calcolíticos se ubicaron en lugares cercanos a tierras potencialmente cultivables (Suárez *et al.*, 1986a; Castro

et al., 1995a; véase también Gilman y Thornes, 1985), por lo que, en principio, cabe suponer que no se desvincularon totalmente de la producción alimentaria. Sin embargo, es interesante resaltar que yacimientos de la envergadura de Los Millares o Las Pilas no se localizan en las zonas con máximo potencial ecológico para la explotación agrícola de sus respectivas comarcas. Si comparamos la dimensión de los asentamientos con el potencial de suelo cultivable en un radio de dos kilómetros a su alrededor observamos cómo, por ejemplo, en la Depresión de Vera (Castro *et al.*, 1994a), no se observa una correlación significativa¹⁶ (Gráfico 1). Los grandes asentamientos no muestran una preferencia especial por las zonas con mayor potencial de cultivo, ya sea de tierras de secano o de regadío. De ahí que podamos suponer que, dado el carácter continuado de su ocupación, el abastecimiento de productos subsistenciales debió estar garantizado, al menos parcialmente, por fuentes externas. Cabe pues, la posibilidad de que los poblados mayores dependieran en cierta medida para su abastecimiento alimentario de las comunidades dispersas, a cambio de algunos productos artefactuales¹⁷ (*infra*).

¹⁶ Con objeto de paliar en lo posible eventuales sesgos actualistas, hemos tenido en cuenta las características del sustrato geológico de la zona de estudio en lugar de los usos modernos de la tierra. Las formaciones del cuaternario reciente se sitúan próximas a los actuales cauces fluviales y presentan superficies horizontales, mientras que las formaciones miocénicas presentan los mayores potenciales para el cultivo de secano. Utilizando variables topográficas (por ejemplo, pendientes) o incluso el uso de la tierra sub-actual (1978), los cálculos tampoco muestran una regresión significativa con respecto al tamaño de los asentamientos.

¹⁷ Sin embargo, no es necesario pensar en una centralización de los productos secundarios y/o en un control directo de las relaciones de intercambio interregionales al estilo de los "lugares centrales". Un ejemplo de ello lo proporcionan las curvas de regresión y los contextos de consumo de los "ídolos de Camarillas", que se ajustan más bien a un intercambio recíproco entre comunidades más o menos próximas. Otros materiales, como las conchas marinas y los instrumentos pulimentados, que encontramos a gran distancia de sus lugares de origen y en contextos altamente variables, apoyan esta interpretación (Risch, 1995).

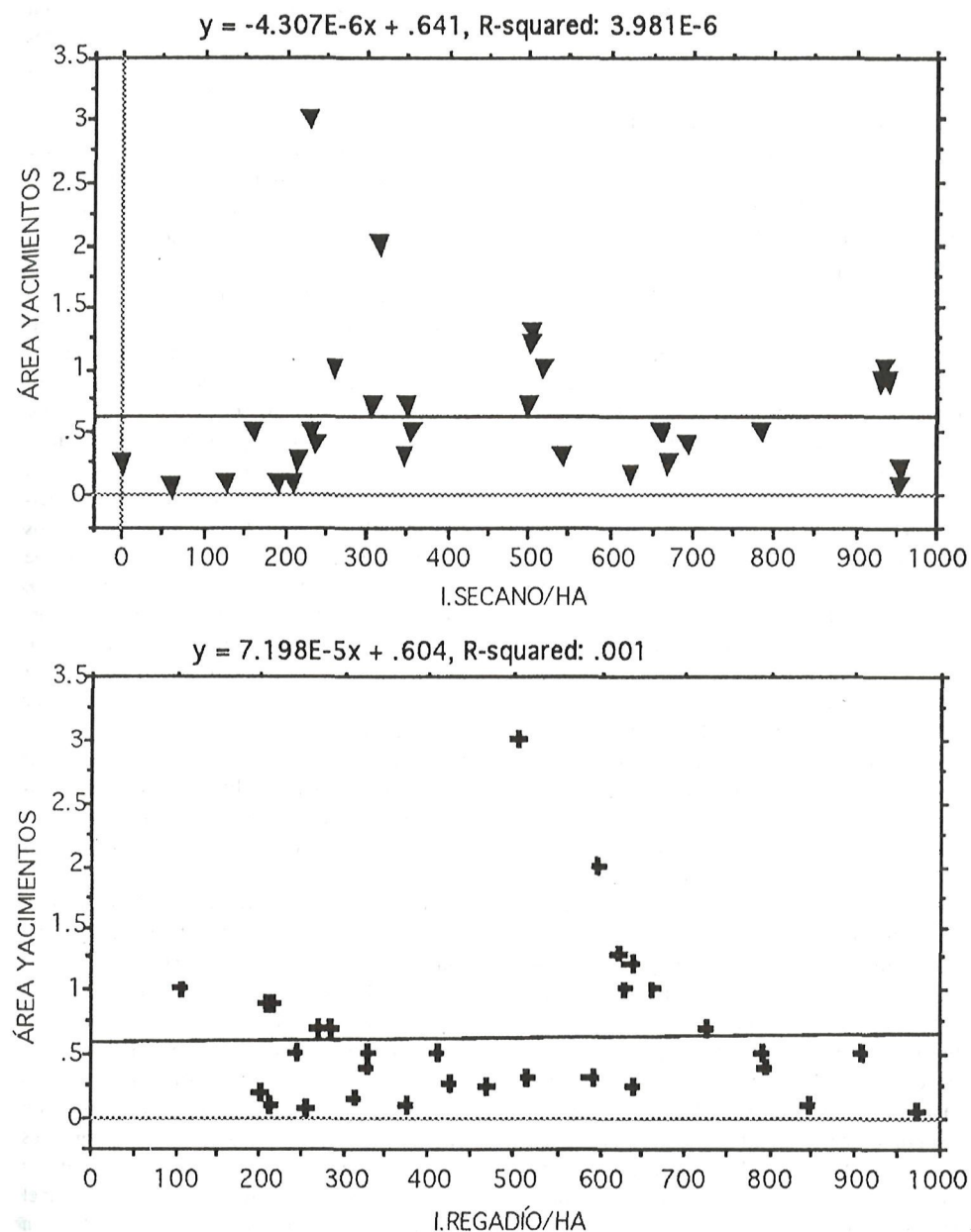


Gráfico 1. Relación entre el tamaño de los asentamientos calcolíticos y la extensión (ha) de las tierras de secano y regadío potencialmente cultivables en un radio de 2 km alrededor de los asentamientos (datos procedentes de Castro *et al.*, 1994a).

En cuanto a la ganadería, los restos óseos procedentes de Terrera Ventura (Driesch y Morales, 1976), Cerro de la Virgen (Driesch, 1972) y Los Millares (Peters y Driesch, 1990) presentan patrones muy similares. Considerando el número de fragmentos, domina la cría de ovicápridos, seguidos de suidos y bóvidos. Sin embargo, en términos de peso y de valor nutritivo, los bóvidos tuvieron una importancia similar a los ovicápridos. Las especies mejor representadas pudieron ser alimentadas gracias a los rastros dejados tras la cosecha y al pastoreo en las extensiones cubiertas por la vegetación natural. Así pues, se admite que las prácticas ganaderas durante este periodo no requirieron movimientos de trashumancia, sino que los animales domésticos pudieron ser alimentados con los recursos vegetales disponibles en las inmediaciones de los asentamientos (Chapman, 1979; Gilman y Thornes, 1985). A partir de los patrones de sacrificio y de la composición sexual del rebaño, diversos investigadores/as sugieren la obtención de productos derivados, como la leche y la lana (Driesch, 1972; Harrison y Moreno, 1985; Chapman, 1991). Al contrario que la ganadería, el peso de la caza en la producción subsistencial fue muy variable, tanto espacial como diacrónicamente, oscilando entre el 9 y 18% del consumo cárnico total. Los productos marinos constituyeron otro recurso alimenticio en la dieta del III milenio, a la vista de la cantidad de restos malacológicos presentes en muchos yacimientos de la fachada litoral almeriense-murciana.

Los medios de producción (MP) implicados en la producción alimentaria fueron de diverso orden, aunque, en general, se trata de utensilios tecnológicamente simples. Debido a que los estudios sobre huellas de uso son todavía muy escasos, sólo es posible hipotetizar sobre la funcionalidad de los artefactos mediales implicados. Así, las hachas y azuelas de piedra pulida podrían haber sido empleadas en el desmonte de los campos previo al cultivo y también en el laboreo de los mismos. Por su parte, elementos cortantes de sílex o metal podrían haber sido utilizados para diversos fines, que van desde la cosecha de cereales hasta el cocinado de

alimentos, pasando por el descuartizamiento de animales. Todos estos instrumentos parecen mostrar una amplia distribución en los poblados, aunque es preciso aguardar la publicación detallada de las excavaciones realizadas para confirmar este punto.

Finalmente, en los estadios finales de la preparación de alimentos intervinieron molinos fabricados en diversas materias primas (véase *infra*), cuya presencia ha sido documentada, al igual que el almacenamiento, tanto en amplias áreas al aire libre (Fortín 1) (Molina *et al.*, 1986) como en el interior de las cabañas. El procesamiento cárnico pudo tener lugar también en ambos escenarios, a tenor del área de descuartizamiento detectada en un espacio exterior del Fortín 1 y a partir de las noticias que señalan la presencia de restos de fauna y de artefactos cortantes en el interior de algunas cabañas. Por último, el cocinado puede ser inferido en la mayoría de los yacimientos a la vista del frecuente hallazgo de la asociación hogar, molino o base de trabajo, vasijas de cocina (ollas, cuencos) y semillas carbonizadas o restos de fauna. El consumo de tales alimentos, ya denominados propiamente productos (P), se habría efectuado en el interior de las propias cabañas o en el exterior de las mismas. Las célebres formas cerámicas abiertas características del calcolítico (cuencos, escudillas, platos y fuentes) pudieron ser los soportes para el reparto y el consumo de los productos alimentarios.

Pese a las noticias referentes al uso de bueyes y, en menor medida, de caballos, como animales de carga y/o de tiro (Driesch, 1992: 144-150; Peters y Driesch, 1990:57), su verdadera contribución a la producción agrícola sigue siendo incierta. Así las cosas, la fuerza de trabajo humana (FT) debió constituir la fuente de energía más importante dentro de la producción alimentaria que acabamos de describir a grandes rasgos. Sin embargo, la ya comentada falta de estudios paleoantropológicos impide evaluar el efecto de las cargas laborales sobre la población calcolítica.

En definitiva, el patrón calcolítico de asentamiento móvil a lo largo de los valles fluviales sugiere la práctica de estrategias agropecua-

rias adaptadas al aprovechamiento de los terrenos más favorables (llanuras terciarias y valles fluviales), perfilándose una tendencia hacia la obtención del máximo rendimiento mediante una baja inversión en tecnología agrícola. El incremento demográfico experimentado a lo largo del periodo habla en favor del éxito de esta estrategia agropecuaria.

La producción y el uso de medios de producción

En primer lugar, conviene destacar que durante el calcolítico se registra una gran variedad artefactual, que se manifiesta en una amplia gama de objetos muebles e inmuebles elaborados a partir de diversas materias primas (piedra, arcilla, hueso, metal). En segundo lugar, resulta característica la presencia de áreas artesanales destinadas a la producción de objetos manufacturados, principalmente medios de producción, aunque todavía desconocemos el grado de vinculación con la producción de alimentos por parte de los artesanos/as.

Diversos trabajos de campo realizados en la Depresión de Vera y en zonas de la provincia de Murcia han puesto de manifiesto que buena parte de las materias primas utilizadas para la fabricación de medios de producción se obtuvieron en las inmediaciones de los asentamientos (Martín Socas *et al.*, 1985; Montero, 1993; Risch, 1995). No obstante, en ocasiones se comprueba el transporte de una cantidad variable de ciertas materias primas de procedencia lejana (ciertos tipos de sílex, instrumentos pulimentados de sillimanita o basalto, molinos de rocas volcánicas), circunstancia que debió suponer un coste mayor. En asentamientos como Los Millares, Terrera Ventura o Almizaraque, sólo entre el 5 y el 6% de los molinos son de andesita alóctona (Carrión *et al.*, 1993), mientras que en El Malagón el sílex alóctono representa entre el 35 y el 45% (Ramos *et al.*, 1991). En zonas pobres en estos recursos, como la Depresión de Vera, estos porcentajes pueden haber sido mayores, a juzgar por los artefactos publicados por los Siret (1890). Por contra, en el caso de las hachas pulimentadas, la frecuencia de materiales

alóctonos es baja. En suma, el volumen de recursos líticos introducido en los sistemas de producción por medio de relaciones suprarregionales puede haberse situado entre un 10-20% del total (Risch, 1995).

En lo que respecta a la metalurgia, diversos estudios han mostrado que los asentamientos calcolíticos no se ubicaron, salvo en un pequeño porcentaje, en las inmediaciones de las minas de cobre (menos de 2-3.5 km) (Gilman y Thornes, 1985:182-183; Suárez *et al.*, 1986a:205). Sin embargo, las distancias que los separan de ellas tampoco fueron excesivas, dado que aproximadamente el 66% de los asentamientos distan de los afloramientos más próximos entre 3.5 y 10 km, y tan sólo el 8% lo hace a más de 16 km (Suárez *et al.*, 1986a:205). Por tanto, cabe suponer que el abastecimiento de mineral de cobre desde cada poblado pudo ser factible mediante la realización de pequeñas expediciones.

Ahora bien, la accesibilidad a gran parte de las materias primas empleadas para la fabricación de los medios de producción no significa necesariamente que éstos fuesen producidos de forma igualitaria. De hecho, la concentración de medios de producción en áreas definidas constituye una característica destacada del calcolítico. Algunos ejemplos son las áreas dedicadas a la producción de puntas de flecha del Fortín 1 de Los Millares (Ramos *et al.*, 1991), la Casa F o "casa de las flechas" de Campos (Siret y Siret, 1890:78) y los espacios de talla de Almizaraque (Siret, 1948) y de Cerro de las Canteras (Motos, 1918). El trabajo del sílex también ha sido documentado en el Cabezo del Plomo (Muñoz, 1983), Ciavieja (Suárez *et al.*, 1985; 1986b), Las Pilas (Alcaraz, 1990) y Puente de Santa Bárbara (Martín Socas *et al.*, 1992-1993). Se han atestiguado áreas de transformación del cobre en el asentamiento principal de Los Millares (Arribas *et al.*, 1979; 1981; 1985), Fortín 1 (Molina *et al.*, 1986), Cerro de la Virgen (Schüle, 1980), El Malagón (Arribas *et al.*, 1978; Moreno, 1993), Cerro de las Canteras (Motos, 1918), Casa C de Campos (Siret y Siret, 1890), Almizaraque (Delibes *et al.*, 1986), Puente de Santa Bárbara (Martín Socas *et al.*, 1992-1993),

Ciavieja (Suárez *et al.*, 1985; 1986b), Terrera Ventura (Gusi y Olaria, 1991), Parazuelos (Siret y Siret, 1890) y en una cabaña excavada recientemente en Las Pilas (Camalich y Martín Socas, comunicación personal). El Cerro de las Canteras (Motos, 1918), la casa C de Campos (Siret y Siret, 1890) y el Cerro de la Virgen (Ulreich, 1995) proporcionan ejemplos del trabajo del hueso en espacios concretos, al igual que sucede con la producción de "cuernecillos" de arcilla en El Malagón (Arribas *et al.*, 1978) y Cerro de las Canteras (Motos, 1918) y con la preparación de materias colorantes en este último yacimiento.

El volumen de producción y el tipo de trabajo realizado en algunas de estas áreas de trabajo artesanal supera las necesidades de una unidad doméstica autosuficiente. Sin embargo, ello no implica en principio una disimetría en el consumo. Acerca de este tema no hay que olvidar que hay estructuras de almacenamiento que parecen de acceso comunal, cuestión sobre la que volveremos más adelante. Además, las áreas de trabajo artesanal no ocupan recintos específicos, puesto que su ubicación se documenta por lo general en el interior de cabañas donde también se realizaron otras actividades.

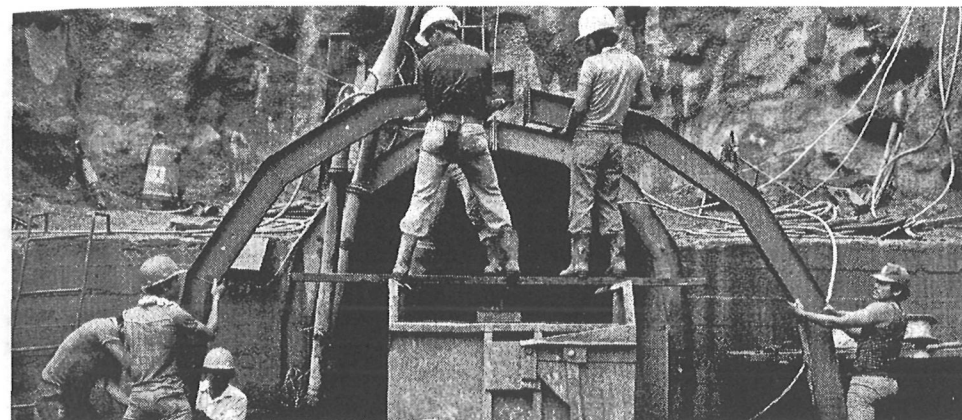
En el segmento de la producción mejor conocido, la industria lítica (Risch, 1995), la aparición de artefactos pulimentados y tallados en todo tipo de contextos domésticos y funerarios del Sudeste indica un notable grado de accesibilidad social. En otros casos, como, por ejemplo, los molinos de roca volcánica, faltan datos espaciales que informen sobre los contextos habitacionales donde han sido hallados. Entre los artefactos de piedra pulida calcólíticos no se constatan cambios en la variedad de instrumentos de trabajo, ni en las técnicas de fabricación, ni tampoco en el sentido de una mejora de su efectividad respecto al neolítico. También es preciso indicar una falta de estandarización de las superficies activas y la heterogeneidad del soporte geológico utilizado, por lo que resulta difícil hablar de instrumentos especializados. El análisis de los instrumentos de Almizaraque (Risch, 1995) ha puesto de manifiesto la ausencia de correlación entre tendencias morfotécnicas

y materia prima, ya que la variedad de recursos geológicos utilizados para el mismo tipo de artefacto resulta considerable. Por otro lado, se ha constatado que la producción de algunos artefactos fue especialmente laboriosa en términos de tiempo de trabajo invertido (hachas y azuelas pulimentadas, molinos de rocas volcánicas).

Es importante recordar que esta inversión notable de trabajo en la producción y la distribución sólo se observa en una parte de los instrumentos de trabajo. Además, los artefactos realizados sobre materiales autóctonos muestran una tendencia más pronunciada a la estandarización morfométrica (láminas de sílex, molinos de roca volcánica de Almizaraque, hachas de sillimanita del noroeste de Murcia). Sorprendentemente, ello no implica una estandarización de las superficies activas y, por lo tanto, del uso del instrumento (molinos de roca volcánica). El desgaste de los molinos de roca volcánica tampoco ha resultado ser mayor que el del resto de los molinos, como cabría esperar, debido a sus mayores costos de producción y distribución.

Por otro lado, hay que resaltar que en la zona estudiada todas las materias primas autóctonas pueden ser, y, en muchos casos son, sustituidas por rocas locales. Además, la elaboración técnica de los instrumentos suele ser diferente según se utilicen unas u otras. Un ejemplo de esta polarización se da en los artefactos de sílex. Frente a una talla escasamente estandarizada y con un volumen de producción circunscrito a los grupos locales, existe un trabajo laminar de productos que utiliza materias primas autóctonas.

El cobre se introduce como nueva materia prima, aunque los objetos producidos (en su mayoría cuchillos, sierras, hachas y punzones) no desbancaron a sus homólogos funcionales fabricados en piedra o hueso. Se ha señalado que la producción metalúrgica aprovechó recursos locales y que ocupó un lugar secundario en la estructura productiva (Delibes *et al.*, 1989; Montero, 1993). Sin embargo, es importante subrayar que la obtención de objetos metálicos requirió una mayor inversión de trabajo en comparación con la de otros instrumentos, puesto



que en su proceso de fabricación intervienen operaciones más complejas y costosas que la simple talla o pulido sobre materias primas líticas u óseas. Tales operaciones se derivan principalmente del tratamiento previo del mineral y del fundido del mismo, que exige instalaciones y artefactos específicos (hornos, crisoles, afiladores) y la obtención de importantes cantidades de combustible (madera). Dado que la eficacia de los medios de producción metálicos no fue mayor que la de otros elaborados con piedra o hueso, su adopción a lo largo del calcolítico podría explicarse debido a la ventaja que supondría la posibilidad de reciclado. Así, mientras que la rotura, desgaste o amortización de objetos de piedra y hueso requería recomenzar el proceso productivo, desde el aprovisionamiento de materias primas en las fuentes naturales de origen, la refundición de los útiles metálicos dañados permitía obtener otros nuevos sin necesidad de acudir a las menas. En suma, a partir de un stock inicial de objetos metálicos, la metalurgia permite reducir la dependencia de las fuentes de suministro, aunque, obviamente, ésta no debió ser total. La presencia de piezas metálicas fragmentadas en contextos de producción metalúrgica, como en Puente de Santa Bárbara (Martín Socas *et al.*, 1992-1993), avala la hipótesis sobre la refundición de objetos como práctica frecuente. De ser así, el peso de esta producción habría sido más relevante que el que se le asigna habitualmente, consecuencia de valorar el mayor número de objetos

elaborados con otras materias primas. Inevitablemente, la refundición de objetos metálicos fue en detrimento de su "visibilidad" arqueológica, ya que sólo tendremos documentados aquellos que fueron amortizados en tumbas y los que estuvieron en uso en el último momento de ocupación de cada asentamiento. Por contra, es de esperar que aquellos objetos que se desechan al resultar dañados, como los de piedra o hueso, estarán mejor representados en el registro arqueológico.

Todo lo expuesto permite plantear que, en el calcolítico, no se observan tendencias a incrementar la productividad por medio de la mejora de los medios técnicos. Esta idea está avalada además por el hecho de que la cantidad de fuerza de trabajo invertida en la producción y distribución de algunos instrumentos fabricados en materias primas de procedencia lejana no está en relación directa con las ventajas obtenidas en cuanto a productividad. En términos económicos diríamos que el alto "valor de cambio" no está determinado por el "valor de uso" o utilidad, invirtiéndose un sobretrabajo en la producción de medios de trabajo que no se correlaciona con un incremento en la productividad.

La producción y el uso de productos de consumo

Una vez examinados los productos utilizados como medios de producción, es el momento de ocuparse de los artefactos no destinados direc-

tamente a este fin. En este apartado, destaca también la notable diversificación de los tipos de artefactos y una mayor variabilidad dentro de cada tipo con respecto al neolítico. Todas las materias primas disponibles se utilizan para elaborar un amplio abanico de productos, entre los que figuran los llamados "ídolos" de hueso, piedra y marfil, las cuentas de concha, de piedras semipreciosas y de cáscara de huevo de avestruz y diversos adornos sencillos de metal, ámbar o marfil. Esta diversidad pone de manifiesto la cantidad de fuerza de trabajo invertida en la producción artefactual. Asimismo, conviene no olvidar la producción textil, atestiguada por el frecuente hallazgo de pesas de telar, y en la que, presumiblemente, también cobrarían sentido los punzones. Entre las materias empleadas para la confección de prendas de vestir figuran el lino, documentado por ejemplo en Almizaraque (Netolitzky, 1935) y en la Cueva Sagrada (Rivera y Obón, 1987), así como, posiblemente, el cuero y la lana. El cultivo del lino pudo llevarse a cabo en los terrenos más próximos a los cauces hídricos, mientras que el cuero y la lana podían ser obtenidos a partir de la cabaña ganadera local.

Muchos de los espacios domésticos y funerarios conocidos presentan artefactos de consumo, aunque su variedad y cantidad resulta desigual. Determinadas materias primas, como el marfil o los huevos de avestruz, proceden de regiones distantes extra-peninsulares (Harrison y Gilman, 1977) y muestran una amplia distribución, en especial el primero de ellos.

En el apartado de los bienes inmuebles destaca la construcción de unidades habitacionales con zócalo de piedra de tendencia circular con tamaño variable y algunas diferencias entre sí a nivel arquitectónico (Martín Socas y Camalich, 1983; Micó, 1991). Como hemos señalado anteriormente, aparecen agrupadas formando parte de los poblados mejor conocidos y, posiblemente, proporcionaron cobijo a un número reducido de individuos. El segundo elemento significativo son las sepulturas colectivas megalíticas de tipo *tholos* que conforman necrópolis situadas en el exterior de yacimientos como Los Millares, El Tarajal, Almizaraque o Las Angosturas.

Por último, cabe destacar las fortificaciones en piedra documentadas en yacimientos como Los Millares (asentamiento principal y Fortín 1), El Malagón, Cerro de la Virgen, Zájara y Cabezo del Plomo. En este punto, conviene también señalar que las estructuras de fortificación muestran indicios de que su funcionalidad incluía fines no estrictamente defensivos. Así parece en vista de las actividades domésticas o productivas documentadas en las torres I y XI, el bastión VI y la barbacana IV de Los Millares o bien en los bastiones V y IX del Fortín 1 (Arribas *et al.*, 1985; Molina *et al.*, 1986).

La descripción de los parámetros de la fuerza de trabajo invertida en la producción de objetos sociales (tanto alimentos como medios de producción o productos de consumo) sólo es inferible a partir de los recursos naturales, los medios de producción y los productos, habida cuenta de la ausencia de análisis paleoantropológicos, sin duda una vía directa y fiable para acceder a la definición del reparto de las cargas laborales de una comunidad. Hemos hecho alusión a que la movilidad de los territorios de explotación agropecuaria y la diversidad de los recursos animales y vegetales aprovechados debieron formar parte de una estrategia económica global que supuso un incremento de la productividad en el sector subsistencial. De esta forma, el conjunto de la reproducción social dispondría de mayor cantidad de materia y energía utilizables. Cabe suponer que la elevada productividad del sector alimentario fue indispensable para sostener el aumento demográfico constatado entre el neolítico y el calcolítico (Chapman, 1991; Castro *et al.*, 1994a). Sin embargo, la disponibilidad de alimentos no fue el único requisito para el incremento demográfico observado en el calcolítico, sino que el potencial reproductor de las mujeres debió ser el factor crucial.

En principio, la cantidad y variedad de los productos indica también un aumento de la producción en el sector alimentario. Ello se debe a que el tiempo de trabajo de los artesanos/as dedicados/as a la producción de objetos manufacturados requeriría un incremento en los rendimientos de la producción alimentaria que

lo compensara. La pregunta en torno a los/as citados/as artesanos/as estriba en saber si se trataba de campesinos/as que realizaron un sobretrabajo en el sector manufacturero, o bien de artesanos/as a tiempo parcial o completo compensados/as materialmente. Considerando el nivel de elaboración de los productos y el escaso desarrollo de los medios de trabajo nos inclinamos hacia la primera de las alternativas, aunque nos movemos con hipótesis que la investigación futura deberá contrastar. Dada la mayor superficie ocupada por ciertos asentamientos y la cantidad de artefactos hallados en éstos, resulta previsible que estuviesen habitados por un mayor volumen poblacional. Las áreas de trabajo artesanal de estos asentamientos estables indican que una parte todavía indeterminada de la fuerza de trabajo disponible se dedicaba a la producción artefactual. La ya formulada pregunta acerca de si también participaba en la producción subsistencial podría ser contestada si contásemos con los inventarios de los medios de producción encontrados en estos asentamientos. Sólo sabemos que en la Casa C de Campos, donde se hallaron evidencias del trabajo del cobre y el hueso, también apareció un "juego de muelas" y una cesta con lentejas (Siret y Siret, 1990:73 y ss.). La presencia de molinos y de elementos de hoz parece confirmada en todos los grandes poblados, aunque desconocemos su volumen y distribución. En este sentido, la información de Motos (1918) referente a que en todas las casas del Cerro de las Canteras había al menos un molino, sugiere una participación generalizada al menos en las tareas finales del procesado alimentario.

En cualquier caso, la fuerza de trabajo invertida en el sector secundario se basaría sobre todo en el trabajo humano. De este modo, podemos suponer que el gasto de energía y tiempo en este sector debió ser elevado. Por otro lado, la inversión de trabajo necesaria para la construcción de obras de envergadura, como fortificaciones o tumbas colectivas, requirió la reunión de importantes contingentes de mano de obra, al margen de los lugares específicos que ocupasen en otros segmentos de la producción.

La producción de mantenimiento

En su vertiente referida a los objetos sociales, la producción de mantenimiento puede ser evaluada a partir de varios indicadores. Así, cabe mencionar la reparación y ampliación de las obras de fortificación, tareas documentadas en los asentamientos que dispusieron de ellas y que, al igual que la construcción original, debieron implicar un considerable volumen de mano de obra. En el apartado de los medios de producción líticos y metálicos, la conservación de filos y superficies activas también supuso actividades que conviene tener en cuenta.

Por último, los datos disponibles indican que la conservación del grano y del agua en silos, cisternas, vasijas y cestos constituyó un factor omnipresente que se materializó tanto en el interior de las viviendas como en espacios abiertos dentro del asentamiento (por ejemplo, Campos, Los Millares, Almizaraque, Terrera Ventura, Ciavieja, Zájara, Puente de Santa Bárbara). Sin duda, el mantenimiento de estas estructuras y el cuidado de los bienes depositados frente a potenciales factores nocivos (roedores, insectos) implicaron una inversión de trabajo notable.

En cuanto a la producción de mantenimiento de hombres y mujeres (fuerza de trabajo), la constancia de actividades de procesado alimentario en el interior de las cabañas permite inferir la realización en este ámbito socio-parental de la mayor parte del consumo alimentario cotidiano, entendido aquí como renovación de la fuerza de trabajo. No obstante, la presencia de hogares y acumulaciones de restos alimentarios en áreas al aire libre sugiere un cierto nivel de consumo que trasciende la célula socio-parental. Es de esperar también que en estas células se realizase parte decisiva de la socialización de hombres y mujeres.

Las relaciones de apropiación y explotación en el calcolítico

La producción social calcolítica, como se desprende principalmente del amplio desarrollo de la producción de objetos sociales (productos

manufacturados y alimentos), se basó en estrategias que primaban la inversión de fuerza de trabajo por encima de la mejora de la productividad mediante la introducción de mejoras tecnológicas. La intensificación de la producción básica, unida a la elevada productividad alcanzada en la producción de alimentos, permitieron el crecimiento demográfico y la liberación de un tiempo de trabajo que se orientó hacia la producción de manufacturas. De esta forma, la fuerza de trabajo constituyó el factor crítico en el análisis de la sociedad calcolítica.

La fuerza de trabajo, resultante de la producción básica realizada por las mujeres (hijas/hijos como potencial fuerza de trabajo) en el seno de las células socio-parentales definidas por las unidades mínimas de habitación, producción, almacenamiento y consumo ("cabañas"), fue parcialmente invertida en otros sectores productivos (alimentos, medios de producción, artefactos de consumo, mantenimiento). A este nivel organizativo cabe asignar la realización de prácticas sociales relacionadas con la producción básica, el mantenimiento de la fuerza de trabajo, el procesado alimentario previo al consumo, el consumo mismo y, en algunos casos, la producción de objetos sociales manufacturados (metal, piedra, arcilla, hueso). Sin embargo, posiblemente el nivel organizativo mínimo de la producción social residió en un segundo plano de agrupación que vinculó a un número variable de células socio-parentales, tal y como se infiere de la presencia de importantes espacios de molienda y almacenamiento al aire libre y también del volumen de mano de obra necesaria para realizar ciertas construcciones (tumbas, murallas). Tales elementos en las agrupaciones de células socio-parentales o grupos socio-parentales (quizás linajes) sugieren una capacidad colectiva de reunión de fuerza de trabajo, medios de producción y productos, que pudo ser orientada a fines diversos. Este segundo nivel puede incluso ser rastreado espacialmente, como sugiere la distribución de varias unidades de habitación unidas entre sí en torno a otra ligeramente mayor en El Malagón (Moreno, 1993).

De aceptarse este modelo, la unidad de organización productiva mínima, al menos en lo que concierne a la producción de alimentos y artefactos, estaría configurada por la reunión de un número variable de sujetos sociales que, sin embargo, realizarían la producción básica y la mayor parte del consumo alimentario y de las actividades artesanales en el marco de células socio-parentales recurrentes (cabañas). Los asentamientos calcolíticos pudieron estar formados por una sola agrupación de células socio-parentales en el caso de los núcleos de tamaño reducido o bien por la reunión de varias de éstas en agregaciones supraparentales (quizás clanes), originándose entonces poblados extensos.

Es hora de dar cuenta de eventuales mecanismos de explotación. Hemos propuesto a grandes rasgos cómo pudo organizarse la producción social, aunque todavía carecemos de informaciones contextuales detalladas de las prácticas en que ésta se expresó. En cuanto al consumo, dado que los datos referidos a éste en las zonas de habitación resultan todavía más escasos, los contextos funerarios son los únicos que pueden ayudarnos a determinar si tuvo lugar un consumo desigual de la producción social.

Los trabajos de Chapman (1981) señalaron la existencia de desigualdades en este ámbito, a partir del análisis de la composición de los ajuares y de la ubicación de las tumbas en la necrópolis los Millares. Las conclusiones de este autor enunciaban que, aunque las relaciones de parentesco fueron dominantes, existieron diferencias en el acceso a la "riqueza" representada por la posesión diferencial de artefactos elaborados y de materias primas de origen lejano. Esta idea puede ser matizada considerando la frecuencia y variedad de los valores de cambio depositados en las tumbas. Así, se observa que la mayor "riqueza" de los ajuares no se expresa con los mismos tipos de materiales: en las tumbas no. 5 y no. 40 dominan los artefactos de marfil, en la no. 12 y la no. 63 las cuentas de huevo de avestruz, en la no. 8 los objetos de azabache, en la no. 16, la no. 57 y la no. 67 los materiales de cobre, en la no. 9 las cuentas de calaíta, etc. (Chapman, 1991: tabla 24). Los productos que

determinan la riqueza de unas tumbas faltan o son escasos en otras de riqueza similar. Por lo tanto, puede afirmarse que no hay una estandarización en cuanto al tipo de objetos depositados y que resulta imposible establecer una jerarquía de valores de cambio en la materialidad social. Si, como señala Chapman, las sepulturas colectivas fueron lugares de enterramiento de determinados grupos de parentesco tipo linaje (que, en nuestro caso, equipararíamos con las agrupaciones de células socio-parentales citadas anteriormente), puede sugerirse que las diferencias cualitativas reflejan el control de determinadas producciones artesanales por parte de tales grupos.

El reciente análisis multivariante realizado por Micó (1993) sobre los ajuares de veinticinco tumbas de las necrópolis de Los Millares y El Barranquete confirma, tanto la diversidad de las asociaciones materiales (los cinco primeros componentes principales sólo sintetizaban el 65.7% de la varianza original), como una clara heterogeneidad en cuanto a la cantidad de artefactos depositados en cada tumba. Además, los cálculos de regresión realizados muestran que las tumbas con mayor número de artefactos no sólo son las más grandes, sino también las que cuentan con un mayor número de individuos enterrados (cifrado en una media de cincuenta).¹⁸ Por lo tanto, existen elementos para sugerir que tanto el esfuerzo invertido en la construcción de la sepultura como en los objetos colocados en su interior dependía directamente de la cantidad de fuerza de trabajo de cada grupo. Sólo las agrupaciones de mayor tamaño, es decir, con más mujeres fértiles y/o individuos dependientes en general, podían realizar un mayor gasto de energía en la construcción de monumentos funerarios, así como en la elaboración de productos manufacturados.¹⁹

¹⁸ Véase también Chapman (1991:266), quien enunció conclusiones similares.

¹⁹ Si nuestra interpretación es correcta, se hallaría en contradicción con la "regla de Chayanov", que tanta importancia ha cobrado en el "modo doméstico de producción" propuesto por Sahlins (1977). Chayanov (1974; original ruso de 1925) planteó que cuanto mayor era el grupo familiar campesino, menor era la fuerza de trabajo por persona invertida en el proceso

de producción. En lo observado hasta ahora no encontramos elementos concluyentes que permitan afirmar la existencia de relaciones de explotación.²⁰ La heterogeneidad en la distribución de objetos sociales sólo parece hallarse en función del mayor o menor número de integrantes de los grupos productivos.²¹ A su vez, el tamaño del grupo en su conjunto marcó la capacidad para construir tumbas más grandes. Este esquema resulta aplicable a nivel del interior de cada asentamiento y también si los comparamos entre sí. Así, la diferencia de tamaño entre Los Millares y El Tarajal (asentamiento asociado a la necrópolis de El Barranquete) también se refleja en la cantidad y variedad de tumbas y ajuares, claramente favorable al primero de aquéllos. Del mismo modo, en la Depresión de Vera, la comparación del tamaño y el número de tumbas colectivas del asentamiento central de Las Pilas (c. 3 ha/10 tumbas) con los del pequeño poblado de Almizaraque (c. 0.5 ha/3 tumbas) sugiere de nuevo que el tamaño de los grupos y, por lo tanto, la disponibilidad de fuerza de trabajo fue el elemento clave. En el mismo sentido, la distribución diferencial de áreas artesanales y productos manufacturados indica que los grupos de mayor tamaño consiguieron que una parte de sus miembros se dedicasen a actividades ma-

de producción. En nuestro caso, las observaciones realizadas a partir de los contextos funerarios ponen de manifiesto que la acumulación diferencial de "riqueza" sí depende positivamente del tamaño del grupo.

²⁰ A la luz del conjunto de la producción social calcolítica, la sugerencia final realizada por Micó (1993: Castro *et al.*, 1995b:140) respecto a que las diferencias observadas en el tamaño de las tumbas y en el número de objetos depositados en ellas se ajustan a una situación de jerarquía social en la línea abierta por Chapman (1981), debe esperar a una mejor definición empírica sobre el tiempo de uso de los contextos funerarios y la asignación de los ajuares a individuos concretos.

²¹ Esta situación podría replantearse si en el plano funerario se demostrase que los artefactos de mayor coste hubiesen sido asignados de forma cuantitativamente relevante a ciertos/as sujetos. No obstante, por el momento las diferencias entre el número de elementos de ajuar amortizados (Micó, 1993) y el número de cadáveres enterrados en las sepulturas colectivas no permite verificar concluyentemente este extremo.

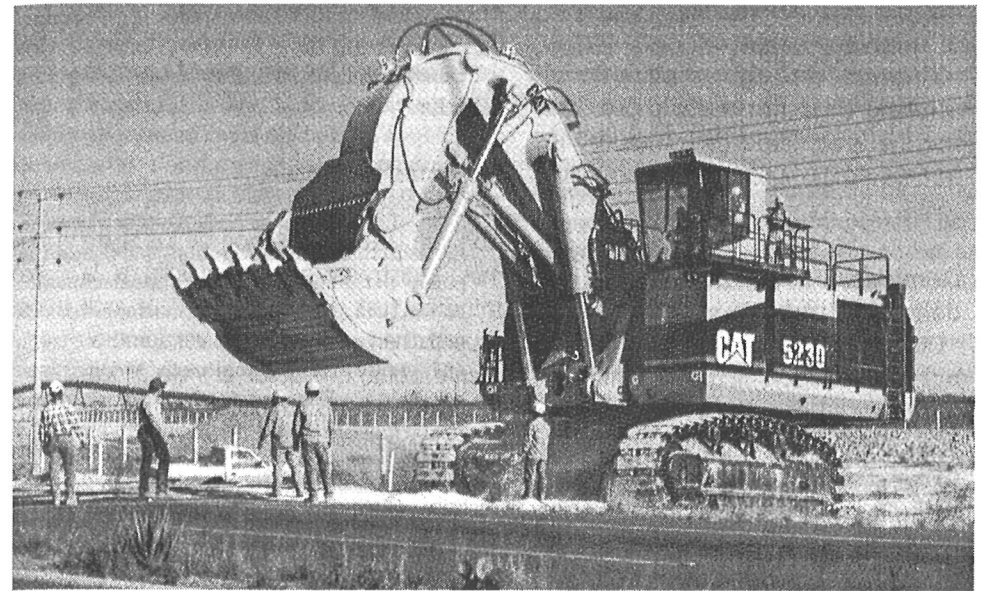
nufactureras no directamente vinculadas con la producción de alimentos. De este modo, elementos tales como la búsqueda de materias primas de origen lejano, la aparición de formas artesanales que supusieron un mayor coste energético (por ejemplo, la metalurgia) o la propia construcción de tumbas monumentales pueden ser considerados plusproductos conseguidos gracias a la inversión de un sobretrabajo por parte de los grupos con el tamaño suficiente para realizarla. Dicha inversión fue colectiva y no observamos elementos para plantear que se acompañó de un consumo diferencial de los bienes producidos.

En el caso de los poblados de mayor tamaño, asistiríamos a la agregación de un número variable de agrupaciones de células socio-parentales que pudieron funcionar autónomamente en el plano económico, pero que unieron esfuerzos en la construcción y mantenimiento de obras colectivas, tales como los sistemas de fortificación. Estos sistemas defensivos hallarían sentido en el seno de grupos asentados permanentemente en un territorio, los cuales realizarían un sobretrabajo para la construcción de mecanismos de defensa colectivos ante la amenaza ocasional de *razzias* por parte de otros grupos. De esta forma, las fortificaciones se explicarían como plusproducto obtenido mediante un sobretrabajo colectivo, puesto que no fueron edificadas gracias a la extracción previa de plusvalías ni sirvieron de apoyo para el desarrollo de formas de explotación.

A pesar de la frecuente constatación de obras de fortificación, hay elementos para pensar que las relaciones entre asentamientos discurrieron esencialmente por cauces más pacíficos. Como ha señalado Risch (1995), la presencia generalizada de manufacturas en todo tipo de asentamientos puede interpretarse en función de un modelo de intercambio que implicaría un cierto trasvase de alimentos desde los núcleos agrícolas de menor tamaño hacia los poblados más grandes y un movimiento de productos artesanales en sentido contrario ("sistema de producción dual"). En el estado actual de la base empírica, resulta difícil profundizar en la relación entre la producción de alimentos y la

de artefactos a escala territorial, dada la falta de excavaciones en asentamientos de tamaño reducido y a la ya lamentada fragmentariedad de los datos cualitativos y cuantitativos sobre los contextos de producción y consumo. Sin embargo, otras consideraciones indirectas, tales como las numerosas similitudes observadas en las manifestaciones materiales de muchas regiones del mediodía peninsular (desde la desembocadura del Tago pasando por el sur de Portugal y las cuencas del Guadiana y Guadalquivir), así como la aparente diversidad de las mismas, sugieren una amplia transmisión de saberes sociales unida o no a la circulación de grupos humanos. Este panorama resulta más ajustado con la existencia de amplias redes de intercambio, de movilidad social y de descentralización de la producción artefactual que con la práctica de estrictas normas de exclusividad territorial y productiva. De hecho, la amplia difusión de los materiales característicos del fenómeno campañiforme a través de muchas regiones de la Península Ibérica y del occidente europeo testimonia la presencia de poblaciones en contacto y la frecuencia de los mismos. Como señalaremos más adelante, esta situación de permeabilidad social se verá alterada profundamente en el sudeste peninsular durante el periodo argárico, como consecuencia de la implantación en la zona de un modo de reproducción social diferente.

Los únicos elementos que pueden sugerir una situación de violencia social entre las diferentes comunidades se detectan en los siglos finales del calcolítico (c. 2700-2300 cal a.n.e.), cuando se registra una intensificación en las actividades de defensa (construcción de la cuarta línea de muralla en Los Millares y, posteriormente, refuerzo de la línea más interna; fundación y ampliación del Fortín 1; Casa C de Campos; fortalecimiento de las defensas en la última fase de El Malagón). Tal vez la concentración de medios de producción por parte de algunos grupos pudo situar a éstos en disposición de controlar en beneficio exclusivo determinados segmentos ajenos de la producción social y, por ende, colocarse en situación de privilegio a la hora de tomar decisiones políticas. No obstante, de haberse iniciado esta tendencia,



diversos factores inherentes a la producción de vida social calcolítica pudieron inhibir el desarrollo de estrategias consolidadas de explotación intra e intergrupal. Dichos factores radicaban en la dificultad de extender un control sobre los factores de la producción. Así, la movilidad de la población, la disponibilidad de recursos naturales (tierra, materias primas) y la sencillez de los medios de producción necesarios para la subsistencia pudieron limitar la implantación de formas de dominio estables y coercitivas, ya que la segmentación grupal siempre existía como salida potencial a la crisis.

En lo que respecta a la producción básica, tampoco contamos con elementos de juicio para poder indicar una eventual explotación de las mujeres. Hemos recalado en varias ocasiones su papel crucial en la producción social como suministradoras de la fuerza de trabajo, pero ignoramos si su trabajo reproductivo fue compensado o no mediante contrapartidas favorables a este sexo en otros ámbitos de la producción y del consumo. En este sentido, somos dependientes en buena medida de análisis paleoantropológicos aún por emprender. De cualquier modo, como elemento positivo en favor de la inexistencia de relaciones de explotación

sobre las mujeres consideramos oportuno recordar que éstas no fueron negadas en el campo de la expresión simbólica, como demuestra la cantidad de figuraciones femeninas plasmadas sobre diversos soportes (cerámica, "ídolos"). La amplia distribución de estos motivos ha llevado a hablar incluso de una "diosa-madre" calcolítica, asociada a cultos de renovación de la fertilidad. Por desgracia, la escasa información sobre los contextos materiales en que se producen los hallazgos también impide decidir concluyentemente si formaron parte de ámbitos de expresión de la capacidad de decisión femenina sobre su descendencia o bien de mecanismos de alienación potenciados desde una ideología masculina que alentaba la procreación como fuente de poder futuro.

En suma, las relaciones sociales de producción calcolíticas caracterizan grupos sociales de carácter corporativo y territorialmente abiertos. A tenor de los datos disponibles, tales grupos no desarrollaron mecanismos de explotación en ninguna de las tres producciones de la vida social. Los escasos elementos que sugieren cierta disimetría se ubican hacia el final del periodo, aunque en ningún caso denotan formas consolidadas de explotación social.

El grupo argárico (2250-1550 cal a.n.e.)

Las fechas de C14 disponibles para el Sudeste en general y para la Depresión de Vera en particular (Castro, González Marcén y Lull, 1993; Castro, Micó y Lull, 1996) ponen de manifiesto que las manifestaciones argáricas fueron inmediatamente posteriores a las calcolíticas, cuando no incluso contemporáneas a éstas durante algunas décadas en torno a 2250 cal a.n.e.

Desgraciadamente, las evidencias disponibles para los momentos finales del calcolítico y los iniciales de El Argar son todavía demasiado escasas como para conocer con exactitud cuáles fueron los cambios sociales y económicos acontecidos en estos momentos. Por un lado, se observan determinados elementos de decadencia, que parecen coincidir (tanto en el sudeste peninsular, como en la Extremadura portuguesa) con el fenómeno campaniforme. Así, en Los Millares la última fase de ocupación se caracteriza por el abandono de línea defensiva exterior y por una reducción del espacio ocupado, que parece concentrarse en la zona más interna del espolón que ocupa el asentamiento (Arribas *et al.*, 1985). En el Cerro de la Virgen, las técnicas constructivas de las cabañas se simplifican (Kalb, 1969), mientras que la calidad de la producción cerámica parece empeorar en la última fase calcolítica de Almizaraque (Delibes *et al.*, 1986). Por otro lado, hay asentamientos que manifiestan un final violento, en vista a la constancia de niveles de destrucción e incendio. Así parece ocurrir, por ejemplo, en Campos (Siret y Siret, 1890:73, lám. 9), El Malagón (Arribas *et al.*, 1978) o Cerro de la Virgen (Schüle, 1980). Si la datación del Fortín I, entre 2450 y 2350 cal a.n.e. (Castro, González Marcén y Lull, 1993), puede ser extrapolada a los demás sistemas de fortificación que rodean Los Millares, contaríamos con otro apoyo para hablar de inestabilidad y destrucción del "sistema de producción dual" hacia 2250 cal a.n.e.

La mayoría de los asentamientos calcolíticos se abandonan, otros son destruidos o desarticulados y reconstruidos bajo principios totalmente diferentes (Cerro de la Virgen, Gatas, Fuente Álamo, Cabezo Negro), a la vez que se produce

la fundación de nuevos centros de grandes dimensiones (El Argar, El Oficio, Zapata). En los nuevos poblados, las reminiscencias calcolíticas son escasas o nulas, tanto en la esfera fenomenológica como en los procesos de producción y consumo.

Los cambios sociales y económicos en torno al 2250 cal a.n.e. no parecen ser un acontecimiento histórico exclusivo del sudeste peninsular, sino que podrían estar relacionados con toda una serie de transformaciones todavía mal datadas y poco explicadas que se observan en los registros arqueológicos del Mediterráneo oriental y de Europa central y oriental (véase, por ejemplo, González, Lull y Risch, 1992). En muchas regiones, se constata la destrucción de los poblados anteriores (por ejemplo, al final del Heládico Antiguo II y Troya II), la aparición de nuevos asentamientos más preocupados en aislarse y/o defenderse o la proliferación de rituales funerarios con un mayor énfasis en enterramientos individuales con ajueres personalizados. Aunque las formas en que se manifiestan resultan ser variables en cada región, la tendencia generalizada que se impone después de 2250 cal a.n.e. se caracteriza por un mayor control de la población y de los medios de producción, por la importancia de la producción y uso de armas y adornos de metal y también por el énfasis en lo individual sobre lo social, con el previsible desarrollo de la diferenciación sexual y la disimetría social. A medida que se profundice en el estudio de los medios y procesos de producción, será posible determinar las estructuras económicas en que se basan estos cambios sociales. En este sentido, resulta interesante destacar la aparición sincrónica de una serie de medios de producción (pulidores con ranura, plaquetas con y sin perforaciones y, posiblemente, moldes de fundición de piedra) tanto en Grecia (Heládico Antiguo III) como en el Sudeste (El Argar), de momento las únicas zonas que cuentan con investigaciones de entidad equiparable (Banks, 1967; Risch, 1995).

Determinar las causas de estos cambios supra-regionales será uno de los temas cruciales para la investigación de la prehistoria reciente del Mediterráneo y Europa central en los próxi-

mos años. Recientemente, se ha planteado la posibilidad de una crisis medioambiental a gran escala en el Mediterráneo Oriental y en Mesopotamia. En el asentamiento de Tell Leilan (Siria) se detectaron evidencias de un episodio de lluvia de tefra alrededor de 2200 cal a.n.e., seguido de una fase árida marcada por la intensificación de la circulación del aire (Weiss *et al.*, 1993). Sin embargo, aun aceptando este modelo, no se explicaría por qué aparecen sistemas sociales y económicos similares en diferentes zonas de Europa. Sólo con proyectos de investigación dirigidos al análisis de la interacción socio-natural y de la organización socio-económica en temporalidades definidas por métodos de datación absoluta, será posible avanzar en el conocimiento de estos cambios.

Gracias a la investigación realizada en el marco de los proyectos centrados en los yacimientos de Gatas (Castro *et al.*, 1994b) y Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1986; Schubart y Pingel, 1995), además de la información aportada por las excavaciones realizadas en El Rincón de Almedricos (Ayala, 1991) y Cabezo Negro (Ruiz Parra, 1990), es posible aproximarnos a las producciones argáricas, sobre todo en su fase más desarrollada (posterior al 1900/1800 cal a.n.e.). Diferentes elementos apuntan hacia una situación diferente durante los primeros siglos de ocupación de Gatas o Fuente Álamo, en la que estos poblados todavía no habían adquirido la función central que desempeñarán en el segundo milenio. Las formas de enterramiento, los lugares de asentamiento, así como los productos cerámicos y metalúrgicos son los elementos materiales que permiten plantear como hipótesis de trabajo que nos encontramos ante una formación económico-social en desarrollo, más que ante dos sistemas totalmente diferentes de organización y apropiación de los factores del esquema económico básico de cada una de las tres producciones.

La producción básica

En la producción básica, la mujer ostenta todos los factores del esquema económico, mientras su producto es la vida humana que devendrá

hombre o mujer. Las evidencias empíricas que permiten abordar la producción básica dependen sobre todo de la definición de las pautas de mortandad y de la estructura demográfica en general.

Después del 2250 cal a.n.e. se evidencia un constante aumento demográfico, que parece alcanzar sus cotas máximas durante los siglos finales del grupo argárico. Este aumento se constata principalmente a tenor del análisis de las evidencias funerarias (Lull, 1983) y del número de instrumentos de molienda registrados en los asentamientos (Risch, 1995), más que por las estimaciones basadas en la superficie ocupada (Chapman, 1991; Castro *et al.*, 1995a) (Gráfico 2). Los cálculos realizados a partir de los materiales líticos²² indican que muchos de los asentamientos argáricos de altura podían haber dispuesto de más de cuatrocientos artefactos de molienda en estado operativo. En contextos campesinos autosuficientes, estos medios técnicos garantizarían la alimentación de unas mil personas (Bartlett, 1933; Runnells, 1981; Horsfall, 1987), mientras que en los molinos estatales mesopotámicos del III milenio estos valores se duplicarían e incluso triplicarían (Grégoire, 1992).

La clara delimitación del territorio argárico hacia el exterior en cuanto a materias primas y productos acabados (Lull y Risch, 1996) iría en contra de la idea sobre una posible introducción de población externa en el espacio ocupado por el Estado Argárico. Parece más probable que el incremento demográfico se produjese sobre la base de una mayor natalidad global. Además, la mortalidad infantil aumenta hacia el final del periodo (Lull, 1983; Buikstra *et al.*, 1995), cuando, como veremos, precisamente son mayores los indicios de un aumento de la producción por medio de mecanismos de plusvalía absoluta. Todo ello tiene que haber supuesto una ma-

²² Estos cálculos estimativos han sido realizados a partir del análisis de los instrumentos de molienda, teniendo en cuenta la vida de uso y frecuencia de molinos de mano en comunidades autosuficientes no industrializadas, así como el periodo de ocupación de los yacimientos, la parte excavada de ellos y la representatividad de las muestras (Risch, 1995).

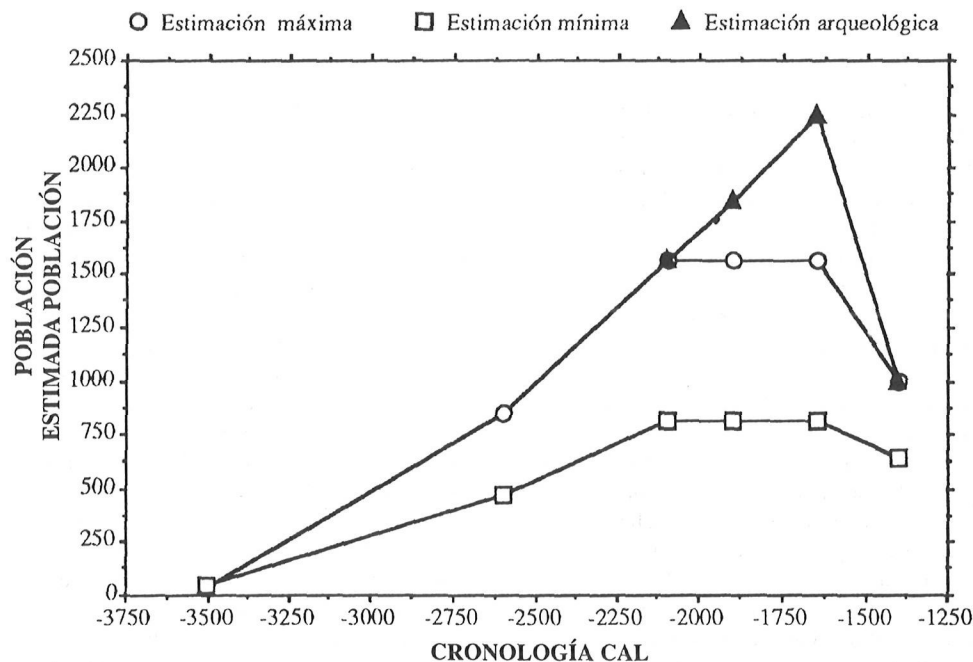


Gráfico 2. Desarrollo demográfico del Bajo Aguas durante la prehistoria reciente. Las estimaciones máxima (Renfrew, 1972) y mínima (Kramer, 1978) se han efectuado a partir del área ocupada por los asentamientos. En la estimación arqueológica se ha considerado la capacidad productiva de los molinos en uso sincrónicamente (véase nota 19).

por explotación de la producción básica y, por tanto, de las mujeres, si se pretendió mantener estable la fuerza de trabajo necesaria para mantener la tasa de producción de excedentes.

El control de la producción básica se materializó en el control de las mujeres como reproductoras. Las evidencias que sugieren la existencia de matrilocidad²³ permiten establecer que la población de mujeres se mantuvo fija en un espacio específico, aquel que correspondía al lugar de la reproducción. Por lo tanto, la matrilocidad, a diferencia de lo que se suele opinar, podría facilitar el control de las mujeres como recurso y fuerza de trabajo de la producción básica.

El control directo de la población y su limitada movilidad parece haber hecho innecesario

atender de forma especial a la producción básica. El ajuar más característico de las mujeres (punzón y cuchillo) también enfatiza el papel productor más que reproductor (biológico) de las mujeres.²⁴ Ello implica la negación del valor del trabajo realizado por la mujer en dicha producción, ya que no parece ser compensada por una menor presencia en las demás producciones.²⁵ El correlato más directo de esta negación parece ser la eliminación de la representación de la mujer en todas las producciones, al contrario de lo que ocurría en el periodo anterior.

²⁴ En este sentido, el punzón acompaña a las mujeres de todos los grupos sociales de mujeres con ajuar, a diferencia de las armas masculinas.

²⁵ Si en un principio los niños y las niñas parecen estar excluidos/as del derecho a enterramiento, podría sugerirse que la presencia masiva de tumbas infantiles después de c. 1800 cal a.n.e. (Castro *et al.*, 1996b) constituye un subterfugio ideológico que pretendiera conculcar la necesidad de producir más individuos como fuerza de trabajo socialmente necesaria, al ser éstos reconocidos como sujetos sociales.

²³ Hipótesis sugerida a partir de la homogeneidad osteométrica observada en una muestra de esqueletos femeninos argáricos procedentes de las excavaciones de los Siret (Buikstra y Hoshower, 1994).

La producción de objetos sociales

La producción y el consumo de alimentos

Dado que nos encontramos ante comunidades cuya producción subsistencial está basada sobre todo en la agricultura y la ganadería, el recurso natural más importante es la tierra. Es un hecho aceptado que la mayoría de los grandes asentamientos argáricos no se encuentran en zonas caracterizadas por un gran potencial de tierras de cultivo en sus inmediaciones (por ejemplo, Gilman y Thornes, 1985; Castro *et al.*, 1994a). Ello se debe a una preferencia por los espacios más protegidos y cercanos a zonas montañosas. La explicación tradicional de este hecho como un intento de aproximarse a los depósitos de mineral y controlarlos no se sostiene. Los análisis de isótopos de plomo (Stos-Gale, Hunt-Ortiz y Gale, 1994), la ausencia generalizada de minerales y escorias o la falta de evidencias de producción metalúrgica argárica en yacimientos como Fuente Álamo o Gatas (Risch, 1995), situados a escasos kilómetros de afloramientos de calcopirita, malaquita y azurita, representan anomalías importantes.

Por otro lado, en los últimos años, se ha venido descubriendo un número cada vez mayor de yacimientos de pequeñas dimensiones situados en zonas llanas o en laderas poco pronunciadas (Mathers, 1986; Ayala, 1991; Castro *et al.*, 1994a). Sabemos muy poco acerca de estos pequeños poblados, pero la relación espacial de los asentamientos argáricos con la tierra es muy diferente de la observada durante el calcolítico. Mientras que antes de 2250 cal a.n.e. constatamos que el tamaño del asentamiento generalmente no varía de forma proporcional al potencial agrícola de su entorno, en El Argar se establece una relación inversa (Risch, 1995). Es decir, los yacimientos de mayor tamaño y con más habitantes son los que disponen de menos tierra de cultivo en sus inmediaciones. Esta tendencia es altamente significativa en cuanto a los terrenos de vega del cuaternario medio y reciente, situados más próximos a los acuíferos aluviales actuales y, por lo tanto, los de mayores índices de humedad relativa. Esto habría impli-

cado, que los grandes asentamientos no serían autosuficientes en cuanto al recurso natural prioritario, es decir, la tierra.

Esta situación se produce en un momento en que se registra una reducción de la diversidad alimentaria respecto al calcolítico, consecuencia de una escasa o nula explotación de recursos tales como la caza, la recolección y el marisqueo. El grueso de la alimentación proteínica se extrajo de los animales domésticos. La importancia relativa de las distintas especies no varía mucho con respecto al periodo anterior. En las muestras disponibles continúan dominando los restos de ovicápridos, seguidos por los de bóvidos, aunque en términos nutritivos, en muchos yacimientos la relación resulta ser inversa. El cambio más destacado es la reducción generalizada de la importancia del cerdo y una mayor variabilidad entre los asentamientos en cuanto a la importancia de los ovicápridos en relación con los bóvidos (Driesch, 1972; Lauk, 1976; Driesch *et al.*, 1985; Milz, 1986; Friesch, 1987). Además, se pone de manifiesto que las diferencias existentes en la producción de bienes subsistenciales dentro de una misma región son igual o más importantes que las existentes entre diferentes regiones. Al igual que ocurre con los recursos naturales, parece que cada asentamiento de altura ajusta su ganadería a las condiciones locales.

A partir de los únicos muestreos carpológicos sistemáticos realizados hasta el momento, procedentes de Fuente Álamo y Gatas, puede plantearse una dominancia muy marcada de la cebada sobre cualquier otra especie vegetal (Stika, 1988; Clapham, Jones, Reed y Tenas, 1994). *Hordeum sp.* es además el género vegetal identificado en mayor número de yacimientos argáricos (Siret y Siret, 1890; Hopf, 1991; Ruiz Parra, 1990; Santa-Olalla *et al.*, 1947; Hernández y Dug, 1975; Ayala, 1991). El trigo también está presente en la mayoría de los asentamientos, pero según los resultados de Gatas y Fuente Álamo sólo representa entre un 1 y un 9% de los restos de especies cultivadas en todas las fases argáricas. En comparación con el periodo calcolítico, en el que trigo y cebada presentaban proporciones más próximas (Castro *et*

al., 1994a), la dominancia del cultivo de esta última muestra una clara tendencia hacia la especialización de los productos subsistenciales. Por otra parte, las leguminosas también son minoritarias en cuanto al número de restos.

El predominio de la cebada sobre los demás productos subsistenciales agrícolas ha llevado a plantear recientemente una tendencia al monocultivo extensivo cerealista en la última fase argárica (Ruiz Parra *et al.*, 1992; Castro *et al.*, 1994a y b). Además, el tamaño de las semillas argáricas analizadas, sobre todo de las de trigo, lino, mijo y legumbres, cuyas exigencias hídricas son más elevadas (250-750 mm), es demasiado pequeño como para haber sido producido por sistemas de irrigación muy desarrollados (Hopf, 1991:400, 407; Stika, 1988:34-36). Los cereales de Fuente Álamo presentan unas dimensiones que sugieren unas condiciones de cultivo extremas (Stika, 1988:36).

Cabe destacar que los únicos yacimientos que hasta el momento no se ajustan a esta tendencia y presentan una mayor importancia de las leguminosas son pequeños y de llanura, como Almendricos (Ayala, 1991) o La Loma del Tío Ginés,²⁶ ambos en Murcia. Almendricos es hasta el momento el único asentamiento argárico en el que se ha documentado, junto a cereales, la presencia de toda la gama de legumbres (*Vicia sp.*, *Pisum sp.* y *Lens sp.*). En él, las evidencias de *Vicia sp.* son más abundantes que en los asentamientos de altura estudiados. No sólo las necesidades hídricas de estas especies son mayores y requieren ser cultivadas en zonas húmedas (suelos cuaternarios de inundación), sino que además la fuerza de trabajo necesaria para el cultivo de legumbres es elevada, lo que implica una estrecha relación espacial entre las comunidades y los territorios agrarios y se ajusta mejor a un sistema de asentamiento disperso con cultivos en huertas.

Por el contrario, el pequeño tamaño de los cereales, dominantes en los poblados de altura, sugiere que su cultivo se realizaba en suelos

secos, como los desarrollados sobre las margas terciarias en toda la zona de estudio. Sobre todo la cebada puede crecer en zonas de extrema aridez y sobre suelos de fertilidad media y baja (Wilson y Witcombe, 1985:36). Sus rendimientos bajos y variables no tienen que haber constituido un problema mientras hubiese suficiente fuerza de trabajo y tierra disponible. El cultivo extensivo de cebada debió exceder las posibilidades espaciales de los estrechos valles utilizados intensamente desde el calcolítico y supuso una importante ampliación de los territorios agrarios hacia las cuencas terciarias entre 2250 y 1550 cal a.n.e.

Las evidencias de los grandes asentamientos argáricos nos muestran que una parte importante de sus estructuras estaba destinada al almacenamiento y la transformación de los cereales. La presencia masiva de artefactos de mollienda en superficie y en las estructuras excavadas hasta el momento son un elemento recurrente en los asentamientos argáricos. Así, cabe destacar la "casa C" de Ifre, el departamento XVIII de La Bastida, diferentes estructuras aterrazadas de la ladera sur de Fuente Álamo, el espacio 109-210 de la zona C de Gatas y, posiblemente, la habitación del corte I del Cabezo Negro (Risch, 1995). Tal acumulación de fuerza de trabajo excede las necesidades y posibilidades de unidades domésticas campesinas autosuficientes. En cambio, hallamos contextos arqueológicos más parecidos en el "palacio oriental" de Ebla, datado a principios del II milenio a.n.e. Aquí, 16 molinos de basalto, con sus correspondientes manos, estaban dispuestos sobre una banqueta a lo largo de los tres muros de la habitación (Matthiae, 1982). En muchos de estos espacios argáricos los artefactos de mollienda están asociados a contenedores cerámicos u orgánicos para el almacenamiento de cereal, y a artefactos para el mantenimiento de los instrumentos de trabajo. Sin embargo, son escasos los elementos de sílex con huellas de uso que confirman por otra parte un uso como hoces y/o trillos (Vila, Clemente y Gibaja, 1994). En el caso de Gatas, el cereal incluso es almacenado en estado limpio, es decir, sin malas hierbas ni glumas. Si nos encontrásemos ante un poblado

de la misma época en Mesopotamia o Siria, nadie dudaría en interpretar tal contexto carpológico como resultado de relaciones tributarias (Weiss *et al.*, 1993).

En cualquier caso, se constata una separación espacial entre los territorios de producción agrícola y los espacios en los que se realiza la transformación final del cereal. Mientras los primeros están ubicados en las vegas cuaternarias, para las legumbres y el lino, y en las llanuras terciarias, para el cereal, los segundos se encuentran en la mayoría de los grandes poblados de altura. Los pequeños asentamientos de llanura están mejor ubicados en cuanto a los territorios agrícolas, pero en ellos son escasos o nulos los instrumentos de mollienda.

Nos encontramos, por lo tanto, ante una situación en la que los asentamientos argáricos más importantes concentran buena parte de la producción subsistencial cerealista y de los medios de producción necesarios para procesarla, implementando una enorme cantidad de fuerza de trabajo, que no parece ser sólo del propio asentamiento. Poblaciones como las de Gatas IV y Fuente Álamo III y IV, cuya extensión superficial ha permitido estimar poblaciones de entre 300 y 500 habitantes (Chapman, 1991), no sólo procesaron cereal por encima de sus propias necesidades, sino que incluso debieron utilizar fuerza de trabajo externa para poder operar los medios de producción registrados en los talleres y almacenes excavados (Risch, 1995). El consumo de los alimentos parece haberse producido, tanto en los poblados de altura, según sugieren los restos faunísticos, hogares, hornos y cerámicas aptas para la preparación y consumo de alimentos, como también en un territorio más amplio, dado el volumen de harina producido en asentamientos como Gatas o Fuente Álamo después de c. 1900/1800 cal a.n.e.

La producción y el uso de medios de producción

En relación con el calcolítico, observamos una reducción de las materias primas alóctonas y, por lo tanto de los costos de transporte, independientemente de que ello afectase a la produc-

tividad de los instrumentos, como debió ser el caso del sílex. Sin embargo, en este punto, también juega un papel decisivo la estructuración política del territorio y de las relaciones de intercambio (Risch y Ruiz, 1995). Por otro lado, la explotación de materias primas está más especializada en cuanto a las rocas utilizadas, con lo que mejoran los soportes de los artefactos. La mayor parte de los recursos líticos procede de los grandes cauces fluviales, situados a varios kilómetros de distancia de los grandes asentamientos de altura, por lo que el territorio de explotación geológica se solapa con el territorio agrícola de dichos asentamientos. La explotación de las materias primas parece ser más selectiva según las posibilidades regionales de cada asentamiento central (Risch, 1995).

La excepción a esta tendencia parecen ser los metales, además de algunas rocas volcánicas utilizadas en la producción de molinos (andesitas), hachas y azuelas (basaltos olivínicos) y determinados tipos de sílex (por ejemplo, el sílex fosilífero). Los resultados preliminares de los análisis de isótopos de plomo apuntan a que el mineral utilizado para los objetos estudiados de Gatas y Fuente Álamo no procede de los afloramientos de la fachada litoral almeriense y murciana, por otra parte extensamente muestreados. Como probable área de origen se sugiere la zona de Linares (Jaén), aunque todavía no pueden excluirse áreas más occidentales de Andalucía (Stos-Gale, Hunt-Ortiz y Gale, 1994). Los demás materiales tienen una importancia marginal (<5%) dentro del total de materias primas líticas y parecen proceder de diferentes regiones del territorio argárico.²⁷

Los procesos de producción de los instrumentos se hacen más variados, mientras el volumen de instrumentos de trabajo producidos aumenta de forma pronunciada. Si utilizamos de forma indicativa los datos publicados correspondientes a artefactos líticos procedentes de estructuras domésticas, el aumento del volumen de la producción entre el periodo calcolítico y El

²⁶ Agradecemos a Consuelo Martínez Sánchez su gentileza por facilitarnos esta información procedente de excavaciones todavía inéditas.

²⁷ En relación con esta problemática puede consultarse Risch (1995).

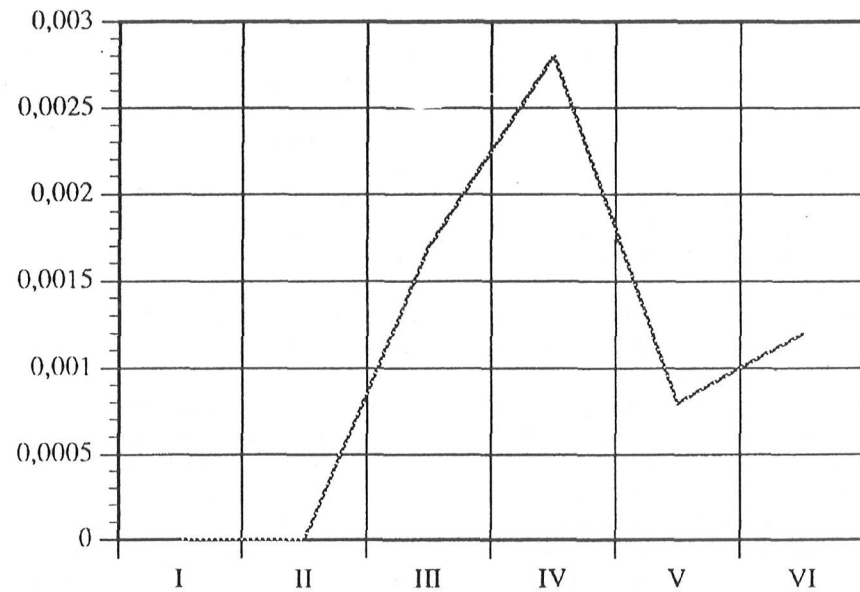


Gráfico 3. Frecuencia de artefactos de molinencia en las diferentes fases de ocupación de los sondeos de Gatas en relación con el sedimento excavado (I: preargárico; II-IV: Argar; V-VI: Postargar).

Argar es de un 300%. Con los registros líticos superficiales y sistemáticos realizados en un buen número de yacimientos del III y II milenio cal a.n.e. en la franja litoral de Murcia y Almería estos valores se incrementan (Risch, 1995). En el caso de Gatas este aumento incluso ha podido ser determinado con un índice de medida independiente (volumen sedimentario excavado) (Gráfico 3).

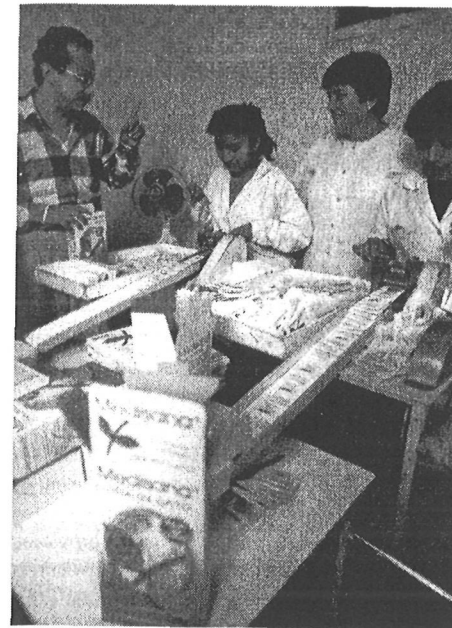
Una diferencia importante con respecto al periodo anterior es la mejora de la productividad en la elaboración de los instrumentos de trabajo líticos y, probablemente, también en la cerámica (Colomer, 1995). Además, la inversión de energía por herramienta, entendida como unidad, es menor (Lull y Risch, 1996). La consecuencia más directa de este ahorro energético es una menor estandarización morfológica de muchos instrumentos líticos. Durante El Argar, esta reducción de costos de producción parece afectar de forma especial los instrumentos cortantes (hachas, azuelas, puntas de flecha e industria laminar en especial).

Por otro lado, desde la perspectiva de su utilidad, los medios de producción mejoran con-

siderablemente la eficacia con respecto al periodo anterior. En muchos asentamientos se observa una normalización del soporte material de los instrumentos a partir de una mayor estandarización de las rocas utilizadas. Asimismo, se constata un mayor grado de estandarización de las superficies activas, lo que indica un uso más especializado de algunas herramientas.²⁸ Como hemos comentado más arriba, muchas de ellas representan una novedad entre los medios de producción de la prehistoria reciente del Sudeste y parece que estuviesen relacionados con la fabricación o el mantenimiento de herramientas de metal.

Otro cambio sustancial en los medios de producción consiste en la sustitución de la piedra por el metal en la producción de instrumen-

²⁸ Es el caso, por ejemplo, de los molinos de micaesquisto granatífero con superficies activas de perfil transversal convexo, de los artefactos abrasivos, tales como los alisadores alargados de pizarra con huellas de uso muy específicas, y de los pulidores con ranura, además de los moldes, las mazas de micro-gabro con ranura, las plaquetas con y sin perforaciones, los martillos especializados y los "yunques" de rocas duras.



instrumentos de trabajo muestra un énfasis en la mejora de la productividad y en el uso de los medios de trabajo. El carácter "especializado" del artefacto argárico se manifiesta por su uso concreto más que por su elaborada producción y su forma estandarizada.

Nos encontramos, pues, ante testimonios que sugieren una mejora de la productividad y un aumento de la producción. Además, observamos una concentración de la producción en ciertos lugares de actividad. Así, sorprende la abundancia de espacios de producción que pueden ser interpretados como "talleres" especializados, donde suelen converger instrumentos de trabajo líticos, óseos, vasijas de almacenamiento y pesas de telar. Estas últimas indican la importancia de la producción de tejidos de lino. Así pues, parece tratarse de talleres destinados sobre todo a la producción textil y al procesado de cereal.

Por otro lado, los espacios de fundición del metal son poco conocidos.³⁰ Su uso y mantenimiento como medios de producción ha quedado atestiguada indirectamente (*supra*) en los espacios de producción, su amortización final se realiza en algunos ajuares argáricos y apenas aparecen artefactos desechados en los contextos de consumo. El valor social de estos instrumentos debió ser elevado y su refundición constante. Los artefactos de sílex, dientes de hoz en su mayoría, testimonian también un elevado valor social, a la vista del acusado desgaste observado, que, en ocasiones, incluso afecta ambos filos laterales.

Los instrumentos de trabajo empleados y acumulados en sus espacios de producción ponen de manifiesto que el sistema de producción argárico tuvo un carácter radicalmente diferente al del calcolítico. Las áreas de trabajo artesanal, espacialmente dispersas y dedicadas a la producción de medios de trabajo y artefactos de consumo, con una amplia circulación transregional, son sustituidos por los grandes edificios

tos cortantes o punzantes. En el asentamiento de Gatas se constata que, entre los niveles calcolíticos y los argáricos, la proporción entre artefactos tallados y tipos de instrumentos líticos experimenta un pronunciado descenso (véase Lull y Risch, 1996). Por otro lado, la mayoría de los escasos útiles de sílex argáricos documentados se aprovecharon para trabajar materias vegetales no leñosas (en la siega y la trilla).²⁹ La presencia de huellas de cortes sobre huesos de animales, conchas y rocas indica el uso de herramientas de filos cortantes de otras materias, probablemente de metal. Esta consolidación del metal como recurso para la producción de medios de producción supone una mejora en los índices de aprovechamiento de la materia prima y, en consecuencia, un aumento de la productividad.

La eliminación de las producciones que exigen un alto grado de elaboración, la reducción de los "costos" de producción y transporte, la mejora de las materias primas utilizadas y la mayor especialización y diversificación de los

²⁹ A partir de los análisis funcionales realizados por Vila, Clemente y Gibaja (1994).

³⁰ Tenemos noticias de tales espacios metalúrgicos en El Argar, El Oficio (Siret y Siret, 1890), La Bastida (Santolalla *et al.*, 1947), Cobatiella la Vieja (Lull, 1983:335) y Peñalosa (Contreras *et al.*, 1989).

o espacios multifuncionales, donde se producen todos los objetos sociales necesarios para la reproducción del grupo argárico. Mientras que el desarrollo tecnológico resulta limitado en los primeros, los segundos suponen una enorme concentración de fuerza productiva.

La producción y el uso de productos de consumo

Como es de esperar, el giro en los medios de trabajo argáricos se refleja en un cambio radical de los productos generados por el sistema de producción. La producción de objetos de consumo más destacada son los tejidos de lino, a juzgar por la presencia de pesas de telar en muchos talleres.³¹ Hasta el momento, ninguno de los tejidos argáricos conservados está realizado a partir de productos derivados de animales, como la lana o el cuero (Hundt, 1991). Los recursos naturales para la producción de vestidos también deben proceder de las zonas de vega ubicadas a cierta distancia de los asentamientos de altura argáricos. Se observa también en este caso la misma disociación espacial entre los estadios iniciales y finales de los procesos de producción, tal como ocurría en la producción subsistencial y en la explotación de los recursos líticos.

Los demás productos secundarios no instrumentales son escasos y se reducen sobre todo a armas y algunos elementos de decoración personal. Desconocemos los lugares de producción de los mismos, pero sí contamos con información detallada acerca de su consumo individualizado, gracias a las evidencias funerarias. Éstas manifiestan una apropiación muy desigual de los productos metálicos, permitiendo, junto con los ajuares cerámicos, la diferenciación de cinco categorías sociales (Lull y Estévez, 1986). Además, cabe recordar que estos objetos son los únicos que han participado de forma masiva en relaciones de distribución o intercambio interregional.

Asimismo, el rico registro funerario argárico revela que el volumen total de artefactos amortizados por cada comunidad en el ritual se incrementa con respecto al calcolítico. Ello debió de tener consecuencias en la producción de objetos sociales, ya que ésta debió reemplazar los medios de trabajo y artefactos de consumo depositados en forma de ajuar.

La producción de mantenimiento

Una de las producciones de mantenimiento más visibles y que parece haber jugado un papel destacado durante El Argar es el almacenamiento centralizado de instrumentos de trabajo en depósitos (Risch, 1995). En este sentido, destaca la ocupación B en el corte 39 de Fuente Álamo, donde se encontraron veintidós molinos utilizados y en estado operativo dispuestos en varias pilas. En la mencionada "casa C" de Ifre ocurría lo mismo con diez artefactos de mollienda. También se han registrado depósitos de dientes de hoz en Fuente Álamo y en El Argar. En el caso de los artefactos de mollienda, los datos cuantitativos recogidos sugieren que en los asentamientos existían unos medios potenciales suficientes para incrementar sustancialmente el procesado de cereal en cualquier momento. Desde un punto de vista estrictamente económico, este hecho resulta difícil de explicar, dado que parece absurdo almacenar el capital constante, y más cuando éste es fácil de generar. El elevado número de artefactos y el hecho de que hasta un 50% de los molinos estuviese almacenado en algunos momentos o espacios, sugiere que la fuerza de trabajo utilizada no era constante.

Aunque carecemos de información acerca de la distribución y la accesibilidad social de los productos subsistenciales animales, sí que contamos con claras evidencias de una acumulación de la cebada y, en menor medida, del trigo (Lugarico Viejo) y las habas (Gatas III). En toda una serie de yacimientos (véase Lull, 1983), se han identificado espacios con grandes recipientes de cerámica, arcilla, piedra o materiales vegetales que contenían cereal, y que sugieren que existía un almacenamiento centralizado, sobre todo de cebada, que excedía el ámbito domésti-

co.³² En general, se ha podido determinar que la mayor abundancia de estos contenedores coincide con los espacios y/o los periodos con mayor volumen de instrumentos destinados a la mollienda del cereal. Resulta también destacable el almacenamiento de agua en grandes cisternas, como las documentadas en Fuente Álamo (Schubart y Pingel, 1995) o El Oficio (Siret y Siret, 1890).³³

Por otra parte, el almacenamiento del cereal en grano y molido parece haber estado sometido a un sistema de medidas, que ha podido ser sugerido a partir del estudio volumétrico de los contenedores cerámicos de Gatas.³⁴ Así, los análisis realizados apuntan a un patrón de capacidad que está regido por un factor constante de multiplicación de 4.2 para contenedores de hasta alrededor de 35 litros. A partir de este volumen, los contenedores duplican aproximadamente su capacidad, presentando valores en torno a los 53 litros y, finalmente 105 litros. Esta normalización de las unidades de almacenamiento apunta, al igual que los factores característicos de la producción de alimentos, hacia una acumulación, transformación y distribución de los productos de consumo que excede el ámbito doméstico y que se encuentra controlada socialmente para la totalidad de la comunidad desde los grandes asentamientos de altura.

Otras producciones de mantenimiento consisten en la conservación de la productividad de los instrumentos de trabajo. Es interesante observar que muchos de los instrumentos líticos introducidos con El Argar y que ofrecen mayor estandarización del soporte material y de las superficies activas, estaban relacionados con el trabajo o el mantenimiento de herramientas de metal (por ejemplo, plaquetas con y sin perfora-

ción, algunos de los pulidores con ranura central, piedras de afilar y martillos de rocas duras). Una serie de artefactos (percutores y alisadores) muy frecuentes en los citados talleres de producción sirvieron para el mantenimiento de las superficies activas de los artefactos de mollienda. El mantenimiento de su productividad requería procesos abrasivos y de percusión especializados, como han comenzado a mostrar estudios experimentales y funcionales (Menasanch, Risch y Soldevilla, 1996).

En general, parece que después de 2250 cal a.n.e. la producción de mantenimiento de la fuerza productiva cobró más importancia, a medida que aumentaron los niveles de producción básica y de implementos. El agotamiento o desgaste detectado en los recursos naturales, los instrumentos de trabajo y la fuerza de trabajo (expresado en la mortalidad infantil o en el campo de las paleopatologías) es más elevado que al inicio del periodo argárico. Aunque todavía resulta difícil su cuantificación exacta, mientras en el calcolítico la producción de objetos supera la producción de mantenimiento, con El Argar se establece una situación inversa. El desgaste de la fuerza productiva (FT y MP) supera su ritmo de recuperación y restitución, lo que convierte las producciones de mantenimiento de hombres, mujeres e instrumentos de trabajo en un elemento indispensable del sistema de producción.

Excedente y distancia social durante El Argar

La descripción de las tres producciones sociales durante El Argar y su respectiva ubicación espacial muestran un clara disociación entre las áreas de explotación de las materias primas y de los productos subsistenciales y las áreas de producción y mantenimiento de los objetos sociales. Así, mientras que la mayoría de las materias primas y de la producción cerealista fue producida por una población dispersa en las llanuras, esta última dependía de los grandes asentamientos de altura para cubrir sus necesidades de productos de primera necesidad, sobre todo en lo que se refiere a la alimentación y el vestido. Por su organización espacial y social podríamos de-

³¹ La discusión en torno a la identificación arqueológica de los telares a partir del número de pesas documentado sigue abierta (Castro Currel, 1986).

³² También deberían incluirse entre las estructuras de mantenimiento las construcciones circulares de piedra documentadas en Fuente Álamo (Schubart y Pingel, 1995) y, con dimensiones más reducidas, en Gatas (Castro et al., 1994b), si su función como hórreos queda confirmada.

³³ Asumiendo que se trata, en efecto, de cisternas construidas en época argárica.

³⁴ Una primera parte de este trabajo ha sido adelantado por Colomer (1995).

finir el grupo argárico como un "sistema de producción vertical".

Los mecanismos de explotación de la sociedad argárica quedan definidos por la apropiación de los distintos factores del esquema económico básico (OT, FT, MP y P) en cada una de las tres producciones socialmente necesarias.

En el caso de la producción básica, la matrilocalidad implica, dejando puntualmente de lado su función definidora de prácticas socio-parentales, una fijación espacial de las mujeres. Este hecho, sin embargo, no tiene por qué haber implicado una apropiación de las mujeres a escala global, convirtiéndolas en propiedad privada. Los datos demográficos sugieren que las mujeres realizaron un sobretrabajo reproductivo; sin embargo, para plantear que el plusproducto resultante (el mayor número de hijos/as) constituyó un verdadero excedente apropiado (es decir, si las reproductoras fueron explotadas), es preciso valorar datos correspondientes a otras esferas relacionales de la vida social. En este sentido, la ya comentada asociación recurrente de puñal/cuchillo y punzón a un buen número de enterramientos femeninos puede ser interpretada como una valoración ritual de su papel productivo por encima del reproductivo, circunstancia que hace sospechar que la contribución de las mujeres en la producción básica no implicó el disfrute de contrapartidas laborales en otros ámbitos de la producción, sino todo lo contrario: además de gestar y parir, las mujeres argáricas debían participar en otras actividades productivas que, al fin y al cabo, proporcionaron en algunos casos el reconocimiento social expresado en los ajuares funerarios.

Otro elemento relevante radica en la propia composición de tales ajuares, concretamente en los más ricos. El análisis efectuado por Lull y Estévez (1986) mostró que ciertas mujeres accedieron a objetos del máximo valor social (por ejemplo, diademas). Sin embargo, fueron sistemáticamente excluidas de otros, como hachas, alabardas y espadas, que sólo aparecen asociados a hombres (Castro *et al.*, 1996b). Lo significativo de esta exclusión reside en el hecho de que a las mujeres, sea cual fuere su posi-

ción social, les fue vedado el acceso y, previsiblemente, el manejo, de los medios de defensa y ataque más eficaces. La indefensión que de ello se deriva puede ser leída en clave de subordinación. En suma, aunque todavía carecemos de datos concluyentes, fundamentalmente paleoantropológicos, que permitan asegurar la explotación de las mujeres, existen elementos verosímiles para adelantar una respuesta afirmativa.

Los hombres y mujeres, como resultado de la producción básica, parecen haber estado sometidos a determinadas barreras espaciales, dada la escasa movilidad que parece caracterizar gran parte de los procesos de trabajo. Sin la existencia de límites territoriales que impidan una comunicación interregional generalizada entre las diferentes comunidades, resulta difícil explicar las notables diferencias observadas, tanto en el uso de materias primas como en el desarrollo de las fuerzas productivas entre los principales asentamientos. Aun así, la separación espacial entre las áreas de vivienda y las estructuras de fabricación de productos acabados en el interior de cada uno de estos territorios políticos y, en los grandes asentamientos de altura, la presencia de talleres de producción y de espacios de almacenamiento de productos y medios de producción, frente a la escasez de espacios con un claro carácter doméstico, sugiere la existencia de mecanismos de disociación entre población y producción.

El consumo individualmente desigual de la producción de objetos sociales queda patente en la producción y el consumo de los artefactos de metal. Los recursos naturales y los medios de producción necesarios para la fabricación de estos artefactos no eran de acceso generalizado (la materia prima era alóctona y, los medios de producción, aparecen en un reducido número de espacios). Ello supone un incremento artificial del valor de cambio, entendido como el costo de la producción metalúrgica, que no parece haberse dado durante el periodo calcolítico, cuando las evidencias de esta producción indican que se trató de una actividad menos importante, pero más generalizada y con mayor peso de los recursos locales. Por contra, el uso de artefactos

de metal en forma de medios de trabajo parece haber sido una necesidad global para toda la sociedad, dada la escasez y/o el bajo rendimiento de los útiles equivalentes fabricados en otras materias primas. Por lo tanto, el desarrollo de las fuerzas productivas argáricas supuso el aumento del valor de uso de los instrumentos metálicos, entendido como protagonismo exclusivo en los procesos de trabajo que requieran medios de corte o perforación. El uso de artefactos de metal como productos de consumo de carácter coercitivo y ornamental vuelve a estar socialmente restringido y representa para sus propietarios/as unos medios de coerción física o directa y psíquica o indirecta (Lull y Risch, 1996), cuyo valor de uso excede las prácticas socio-económicas. Así, el grupo argárico representa la primera sociedad que dispone de un armamento especializado de carácter ofensivo (alabardas y espadas), cuya propiedad y manejo fue prerrogativa de un reducido grupo de hombres. Este hecho no puede explicarse tan sólo como solución al problema de la protección de la comunidad, ya que de ser así lo lógico sería esperar que la responsabilidad de la defensa recayese sobre toda la población y que, en tal caso, el acceso a las armas estuviese generalizado.³⁵ En cambio, la clara disimetría observada en este ámbito apunta más hacia una situación de coerción social por parte de un sector del grupo.

Al incrementar y controlar el valor de cambio de la metalurgia argárica, el elevado valor de uso de los productos obtenidos implica dependencia en el caso de los medios de producción y coerción cuando se trata de los productos de consumo finales. Mientras la población depende de los escasos centros de producción, los consumidores de los productos finales disfrutan y amortizan productos en cuya fabricación no parecen participar directamente, a juzgar por la segregación espacial constatada entre la presencia de tumbas de máxima riqueza y los espacios de fundición. Esta apropiación de armas y

ornamentos sólo parece ser el correlato consuntivo de una producción socialmente restringida. Este grupo de consumidores/as convierte la metalurgia en propiedad apoyándose en el monopolio de los medios de coerción y, así, se sitúa en una posición desde donde controlar el valor de cambio de los productos de uso social generalizado. La distribución de los costos y los beneficios de la producción metalúrgica dentro de la sociedad argárica es desigual y significa la existencia de excedentes materiales y explotación social.³⁶

Las características cualitativas y cuantitativas de los medios de producción líticos y cerámicos indican un aumento de la productividad y de la producción, lo cual muestra que en los grandes asentamientos de altura existieron los medios materiales necesarios para una producción de excedentes por medio de estrategias de plusvalía relativa y, sobre todo, absoluta. Podría plantearse que la explotación argárica residió precisamente en la apropiación por parte de la clase dominante de los instrumentos de trabajo indispensables para la obtención de productos de consumo (alimentos y vestidos), tal y como parece ser el caso de los útiles metálicos. Sin embargo, la abundancia de la mayoría de las materias primas y la sencillez de la producción de otros medios de producción, como los molinos, la cerámica y las pesas de telar, sugiere que la función de los grandes asentamientos y la explotación social no se basó en la apropiación y el control de los instrumentos de trabajo, a excepción de los útiles metálicos (*supra*) y de la fabricación cerámica a partir de c. 1800/1700 cal a.n.e. (Colomer, 1995).

La reducción de la variedad de productos subsistenciales observada durante El Argar, así como el marcado énfasis en una producción cerealista de secano, que se caracteriza por una

³⁵ Resulta sugerente que, en el calcolítico, los elementos de defensa más evidentes (fortificaciones) sí protegiesen a la totalidad de la comunidad que dispuso de ellos.

³⁶ Un aspecto en el que sería interesante profundizar son los mecanismos de obtención de los productos metalúrgicos por parte de las élites (apropiación directa o intercambio). Otro tema relevante se plantea al observar la elevada normalización morfométrica de ciertos recipientes cerámicos (Lull, 1983; Colomer, 1995), hecho que podría estar en función de la existencia de talleres especializados bajo control político.

escasa productividad, pero una elevada resistencia a la aridez y capacidad de adaptación a todo tipo de suelo, parece ser la consecuencia de la insuficiencia de las zonas de vega más productivas para garantizar las necesidades subsistenciales de la población. La cebada no debió ser el producto agrícola exclusivo, pero pudo representar la única posibilidad de aumentar la producción subsistencial, a la vista, también, de la ausencia de mejoras de la productividad en la ganadería, entendida en términos de un mayor aprovechamiento de los productos derivados (Risch, 1995). Este aumento de la producción cerealista extensiva fue, al menos en parte, causa y consecuencia del aumento de la fuerza de trabajo en el sistema económico, tal y como manifiesta el constante desarrollo demográfico observado a lo largo de todo el periodo argárico. Las variaciones anuales en las cosechas de especies más sensibles a las condiciones de humedad, como las legumbres, el trigo o el mijo (250-750 mm), implicó una mayor o menor dependencia de la población con respecto a la producción de cebada. Estas necesidades fluctuantes también podrían constituir una de las causas para el almacenamiento de artefactos de molienda con un desgaste intenso. Sin embargo, estas estrategias agrícolas y estas prácticas socio-económicas no implican en sí mismas formas de apropiación desigual, ni la aparición de los asentamientos de altura con sus talleres y almacenes. El transporte de los productos agrícolas, como la cebada o el lino, así como de buena parte de los medios necesarios para su transformación, desde las zonas de producción primaria hasta los asentamientos de altura, exigió un sobretabajo difícil de explicar en el contexto de una economía subsistencial autogestionada.

Las territorialidades manifestadas por la restricción de la distribución de materias primas entre los grandes asentamientos y los espacios de almacenamiento de cereal documentados en éstos, sugiere que las relaciones de propiedad decisivas residen en el principal recurso natural, es decir, la tierra, así como en una parte relevante de los productos generados. Mientras una agricultura hortícola con una elevada productividad se circunscribe a espacios muy concretos

situados en las zonas de vega, la agricultura cerealista de secano implica la disponibilidad de grandes extensiones de tierra y abundante fuerza de trabajo. El elemento decisivo del sistema socio-económico argárico tiene que haber sido el dominio de los territorios agrarios, cuyos rendimientos cerealistas anuales aparecen acumulados y gestionados en los asentamientos centrales. Limitar el acceso social a los productos de consumo indispensables, imponer un desplazamiento espacial importante y promover la elaboración de estos productos en talleres determinados, implica una organización estricta de la fuerza de trabajo y una gestión fiable de los recursos disponibles, sobre todo si tenemos en cuenta que la transformación del cereal en un producto comestible es una necesidad diaria (Lull y Risch, 1996). La existencia de patrones volumétricos en los contenedores cerámicos es una manifestación de la existencia de este control de la producción. Al permitirse sólo la salida de un producto de corta conservación (harina) o de corta vida de uso (vestidos), se disponía de un mecanismo de dependencia efectivo que permitió la concentración de la fuerza de trabajo en determinados lugares, sin necesidad de una apropiación directa de la misma. Ésta, además de procesar el cereal de toda la comunidad, podía ser utilizada en toda una serie de actividades de producción y mantenimiento documentadas en los grandes edificios argáricos, pero sólo compensada en sus necesidades de consumo indispensables. Por lo tanto, las relaciones entre clase propietaria y clase trabajadora no fueron de reciprocidad, sino de explotación. El control espacial y económico de la producción básica y de objetos sociales indispensables para la vida humana por parte de las élites argáricas generó unas formas de explotación inéditas hasta entonces.

Además, el control de los artefactos de metal implica que esta clase propietaria controló también las redes de distribución o intercambio. Se trataría, por tanto, del único segmento de la sociedad que no parece estar espacialmente circunscrito.

En la producción de mantenimiento de la vida social, existen elementos que apuntan ha-

cia un consumo desigual y confirman la generación de plusproducto y de plusvalía en la producción subsistencial. De una parte, hemos señalado en otro trabajo (Castro *et al.*, 1996b) que hasta c. 1800 cal a.n.e. los enterramientos masculinos con armas (alabardas y espadas cortas) sólo corresponden a individuos adultos, que, en muchos casos, alcanzaron edades avanzadas (véase Kunter, 1990; Micó, 1993). Esta pauta indica que la clase dominante gozaba de una esperanza de vida mayor, debido al disfrute de unas mejores condiciones materiales de existencia. Con posterioridad a c. 1800 cal a.n.e. la clase dominante estuvo encabezada por un reducido número de hombres asociados a espadas largas, por encima de un grupo algo más numeroso, también masculino, enterrado con ajuaras que cuentan al menos con un hacha. En este periodo, se amplió el rango de edad de los individuos masculinos de la clase dominante con derecho a ajuar, incluyéndose ahora algunos neonatos y subadultos (por ejemplo, las sepulturas Argar 307, 434, 810 y 849). Este hecho, probablemente vinculado a un nuevo régimen de disposiciones hereditarias, no contradice por ahora la cuestión sugerida para el periodo anterior a c. 1800 cal a.n.e. Sobre este punto, es interesante señalar que, si bien las paleopatologías detectadas en Gatas (Buikstra y Hoshower, 1994) se asocian a individuos pertenecientes a todas las categorías sociales, aquéllos con mayor reconocimiento en el ajuar funerario tienden a presentar una mayor esperanza de vida. La esperanza de vida de la clase dominante pudo incrementarse únicamente al recibir mayores cuidados y/o realizar menores esfuerzos físicos en edad avanzada; es decir, gracias a una disimetría en el consumo de la producción de mantenimiento.

Las evidencias materiales de grupo argárico muestran una serie de prácticas socio-políticas que acompañan la producción social y que contribuyen a una mejor definición de las relaciones sociales de producción. Así, la existencia de territorios demarcados resulta contradictoria con la normalización de la fenomenología en las producciones cerámicas y metalúrgicas (Lull, 1983; Risch y Ruiz, 1995). Pensamos que la relación

de poder se establece mediante un elemento material y otro formal. En la normalización de la expresión formal de los productos secundarios reside la identidad de las relaciones de explotación y la unidad de los intereses del poder. Detrás de esta fuerte estandarización de lo fenomenológico se esconden marcadas desigualdades entre los individuos en cuanto a los medios de trabajo, la fuerza productiva y los grados de explotación de las comunidades. No todos los asentamientos muestran la misma preocupación por mejorar las condiciones técnicas de la producción y, además, el valor del trabajo en la producción de plusvalía absoluta parece haber sido variable entre un territorio y otro (Risch, 1995). Los objetos sociales y, con ellos, gran parte de la materialidad social, expresan una homogeneidad represiva que oculta las diferencias económico-sociales propias de una situación de conflicto territorial y de una excesiva segmentación del sistema de producción. En la normalización de la expresión de determinados productos se manifiesta la identidad de las relaciones de explotación y la unidad de los intereses del poder, por encima de las barreras socio-políticas internas y de las diferencias en las formas de producción entre los territorios regionales (Lull y Risch, 1996). Al contrario que en el calcolítico, la ausencia de relaciones de intercambio generalizadas indica que el sistema de información entre las comunidades estaba mediatizado y sesgado por intereses de clase. Tan sólo las élites que se encontraban interconectadas, dieron cuenta de los rasgos materiales definitivos de la sociedad argárica y forzaron las prácticas sociales que la caracterizan.

Junto a esta segmentación interna, existe una clara delimitación territorial de El Argar hacia el exterior. Desde el punto de vista material, se aprecia una exclusión en el espacio argárico de todo elemento vecino o simplemente ajeno; de hecho, sólo se utilizan los recursos disponibles en el territorio propio (Lull y Risch, 1996). El comportamiento coercitivo y unificador del poder argárico a través de sus expresiones materiales también queda plasmado en lo que podríamos denominar la "expansión" del sistema. La

distribución espacial de las dataciones absolutas del grupo argárico muestra que, en el transcurso de su desarrollo, el territorio argárico se expandió desde un área original localizada entre las cuencas de Vera y del Guadalentín, hasta abarcar, transcurridos quinientos años, un territorio que comprende desde el sur de la Meseta y del País Valenciano hasta las costas meridionales de Almería y Granada (González Marcén, 1991).

Desde la teoría social, la delimitación espacial (territorios) y temporal (acumulación y herencia)³⁷ implica la institucionalización de unas relaciones de explotación características de sociedades estatales. En la sociedad argárica, el excedente deja de ser un bien de consumo directo, para convertirse en un valor que es gestionado, almacenado y transformado en forma de diferentes bienes materiales y servicios, según los intereses de la clase dominante.

Desde el punto de vista de la teoría económica, el modelo argárico resulta original por su capacidad de generar excedentes sin necesidad de desarrollar extensas redes de intercambio. Los excedentes no fueron transformados en valores de cambio, sino centralizados y redistribuidos con intereses mediante una explotación de la fuerza de trabajo en las producciones de objetos sociales (alimentos, manufacturas), de mantenimiento y, probablemente, en la básica. Las características principales del sistema de producción vertical, sobre todo en su fase final, muestran que se trató de una economía de subdesarrollo, con una tremenda explotación social dada la baja productividad de la economía en relación con la gran fuerza de trabajo empleada.

Hasta aquí hemos desarrollado el análisis de dos situaciones históricas que implican sociedades de órdenes diversos en lo que concierne a las tres producciones necesarias para la vida social. Las diferencias entre ambas sociedades trascienden lo meramente empírico y sugieren que los modelos sociales que representan, abierto y cerrado, no se sitúan en un mismo proceso de desarrollo social, ni tampoco parten

de un estado similar de las condiciones objetivas de su reproducción.

El nivel máximo de discriminación procede de los mecanismos de explotación social y sus correlatos de obediencia y ocultación del sujeto social. Éstos pueden ser constatados objetivamente en El Argar, frente a los mecanismos de asociación o reunión que caracterizan como corporativo y colectivizante al sujeto social del calcolítico.

Todavía ignoramos si en el calcolítico los grupos se reproducían a costa de una parte de sus miembros, las mujeres, y también si se instauraron relaciones de explotación social en y entre dichos grupos. De haberse producido la apropiación de la producción básica por medio de los no productores, ésta no avanzó hacia formas de explotación definidas en la producción de objetos sociales, ni supuso una organización que mediatizara para su beneficio gran parte del producto social y que imaginara mecanismos específicos para reproducirse en esta línea. En suma, no se han detectado mecanismos de extracción de plusvalía relativa y todavía permanecemos a la espera de saber si en la producción básica las mujeres fueron utilizadas como fuentes de plusvalía absoluta en la generación de fuerza de trabajo.

Durante el calcolítico, estamos ante sociedades abiertas donde la circulación de información y productos excede territorios concretos. Los vínculos entre los grupos parecen corresponder a formas sociales de variada filogénesis que se encuentran, reúnen y cooperan generando aglomeraciones humanas asentadas o que, por contra, entran en conflicto por las diferencias en la producción de los diferentes grupos. No podemos hablar de explotación en sentido social global, pero sospechamos que quizás ésta pueda ocultarse en el seno de las agrupaciones de células socio-parentales, aspecto que futuras investigaciones habrán de dilucidar. Todo lo contrario acontece durante El Argar, donde ya podemos hablar de una sociedad cerrada sometida a una clase dominante. Con posterioridad a c. 1800 cal a.n.e., dicha clase decide incluso las formas de producción y de propiedad. En este contexto, las mujeres alejadas de la clase domi-

nante pudieron sufrir una doble explotación: la primera, en el seno de su unidad productiva particular y, la segunda, en el conjunto de las relaciones de disimetría social.

Bibliografía

Alcaraz, F.M.

1990 "Excavación arqueológica de emergencia en Las Pilas-Huerta Seca (Mojácar, Almería)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, pp. 18-24.

Almagro Gorbea, Ma. J.

1965 "Las tres tumbas megalíticas de Almizaraque", *Trabajos de Prehistoria*, 18.

1973 *El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería)*, Acta Arqueológica Hispánica, VI.

Arribas, A.

1968 "Las bases económicas del Neolítico al Bronce", en M. Tarradell (ed.), *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Vicens Vives, Barcelona, pp. 33-56.

Arribas, A.; Molina, F.; Carrión, F.; Contreras, F.; Martínez, G.; Ramos, A.; Sáez, L.; Torre, F. de la; Blanco, I. y Martínez, J.

1985 "Informe preliminar de los resultados obtenidos durante la VI campaña de excavaciones en el poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II, pp. 245-262.

Arribas, A.; Molina, F.; Sáez, L.; Torre, F. de la; Aguayo, P. y Nájera, T.

1979 "Excavaciones en Los Millares (Santa Fe, Almería). Campañas de 1978 y 1979", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4, pp. 61-109.

1981 "Excavaciones en Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería). Campaña de 1981", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 91-121.

Arribas, A.; Molina, F.; Torre, F. de la; Nájera, T. y Sáez, L.

1978 "El poblado de la Edad del Cobre de 'El Malagón' (Cúllar-Baza, Granada). Campaña de 1975", *Cuadernos de Prehisto-*

ria de la Universidad de Granada, 3, pp. 67-117.

Ayala, Ma. M.

1991 *El poblamiento Argárico en Lorca. Estado de la cuestión*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.

Banks, E.C.

1967 *The Early and Middle Helladic small objects from Lerna*, University Microfilms, Ann Arbor.

Bartlett, K.

1933 *Pueblo Milling Stones of the Flagstaff region and their relation to others in the Southwest*, Museum of Northern Arizona, Bulletin 3, Flagstaff.

Botella, M.

1973 "Estudio de los huesos humanos", en Ma. J. Almagro Gorbea, *El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería)*, Acta Arqueológica Hispánica, VI, pp. 229-241.

Buikstra, J.; Castro, P.V.; Chapman, R.W.; Gale, N.; González Marcén, P.; Grant, A.; Jones, M.; Lull, V.; Picazo, M.; Risch, R.; Sanahuja, YII; Ma. E. y Stos-Gale, S.

1989 "Proyecto Gatas. Segunda Fase: Informe preliminar del estudio de los materiales", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989, pp. 214-218.

Buikstra, J.; Castro, P.V.; Chapman, R.W.; González Marcén, P.; Hoshower, L.; Lull, V.; Micó, R.; Risch, R.; Ruiz Parra, M. y Sanahuja YII, Ma. E.

1995 "Approaches to class inequalities in the Later Prehistory of Southeast Iberia: the Gatas project", en K. Lillios (ed.), *The origins of complex societies in Late Prehistoric Iberia*, Int. Mon. in Prehistory, University of Michigan, ARC.S. 8, pp. 153-178.

Buikstra, J. y Hoshower, L.

1994 "Análisis de los restos humanos de la necrópolis de Gatas", en Castro *et al.* (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c. 2500-900 cal a.n.e.* Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 339-398.

³⁷ Sobre este tema, puede consultarse Castro *et al.*, (1996b).

- Carrión, F.; Alonso, J.M.; Rull, E.; Castilla, J.; Cebrián, B.; Martínez, J.L.; Haro, M. y Manzano, A.
- 1993 "Los recursos abióticos y los sistemas de aprovisionamiento de rocas por las comunidades prehistóricas del S.E. de la Península Ibérica durante la prehistoria reciente", en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía, 1985-1992. Proyectos*, Huelva, pp. 295-309.
- Castro, P.; Chapman, R.; Gili, S.; Lull, V.; Micó, R.; Rihuete, C.; Risch, R. y Sanahuja Yll, Ma. E.
- 1996a "Teoría de las prácticas sociales", *Complutum Extra, 6. Homenaje a Manuel Fernández-Miranda*, pp. 35-48.
- 1996b "Tiempos sociales de los contextos funerarios argáricos", AA.VV. Ciclo de conferencias sobre arqueología de la muerte celebrado en julio de 1995, Torrepacheco, Universidad de Murcia.
- 1996c *Proyecto Gatas. 2. La dinámica arqueoecológica de la ocupación prehistórica*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla (en prensa).
- Castro, P.V.; Colomer, E.; Chapman, R.; Gili, S.; González, P.; Lull, V.; Micó, R.; Montón, S.; Picazo, M.; Rihuete, C.; Risch, R.; Ruiz Parra, M.; Sanahuja Yll, M.E. y Tenas, M.
- 1993 "Proyecto Gatas. Sociedad y Economía en el Sudeste de España c. 2500-800 antes de nuestra era", en *Investigaciones arqueológicas en Andalucía, 1985-1992 Proyectos*, Junta de Andalucía, Huelva, pp. 401-415.
- Castro, P.V.; Colomer, E.; Fernández-Miranda, M.; Fernández-Posse, Ma. D.; García, A.; Gili, S.; González Marcén, P.; López Castro, J.L.; Lull, V.; Martín Morales, C.; Menasanch, M.; Micó, R.; Montero, I.; Montón, S.; Olmo, L.; Rihuete, C.; Risch, R.; Ruiz Parra, M.; Sanahuja Yll, Ma. E. y Tenas, M.
- 1994a *Archaeomedes Final Report. Subproject: "Temporalities and desertification in the Vera Basin, south east Spain"*. Chapter 3. "Ecosocial dynamics: human and natural coevolution", Informe presentado a Directorate XII. Science, Research and Development (Unión Europea), pp. 85-141.
- Castro, P.V.; Chapman, R.; Colomer, E.; Gili, S.; González Marcén, P.; Lull, V.; Micó, R.; Montón, S.; Rihuete, C.; Risch, R.; Ruiz Parra, M.; Sanahuja Yll, Ma. E. y Tenas, M.
- 1994b *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c. 2500-900 cal a.n.e.* Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.
- Castro, P.V.; Colomer, E.; Escoriza, T.; Fernández-Miranda, M.; Fernández-Posse, Ma. D.; García, A.; Gili, S.; González Marcén, P.; López Castro, J.L.; Lull, V.; Martín Morales, C.; Menasanch, M.; Micó, R.; Montón, S.; Olmo, L.; Rihuete, C.; Risch, R.; Ruiz Parra, M.; Sanahuja Yll, Ma. E. y Tenas, M.
- 1995a "Territoires économiques et sociaux dans le bassin de Vera (Almería, Espagne) depuis c. 4000 cal BC jusqu'à nos jours", en *L'Homme et la Dégradation de l'Environnement*, XVe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes. Éditions APDCA, Juan-les-Pins, pp. 299-313.
- Castro, P.V.; González Marcén, P. y Lull, V.
- 1993 "Cronología y tiempo de los grupos arqueológicos en el sudeste de la Península Ibérica (c. 3000-1000 cal a.n.e.)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada. Homenaje a A. Arribas*, en prensa.
- Castro, P.V.; Lull, V. y Micó, R.
- 1996 *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal a.n.e.)*, en prensa.
- Castro, P.V.; Lull, V.; Micó, R. y Rihuete, C.
- 1995b "La prehistoria reciente en el sudeste de la península ibérica. Dimensión socio-económica de las prácticas funerarias", en R. Fábregas, F. Pérez Losada y C. Fernández Ibáñez (eds.), *Arqueoloxia da*

- morte. Arqueoloxia da morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos, 3. Xinzo de Limia, pp. 127-167.
- Castro Curel, Z.
- 1986 "Avances de estudios cuantitativos y localización de pondera en asentamientos peninsulares", *Arqueología Espacial*, 9. Coloquio sobre el microespacio-3, pp. 169-186.
- Chapman, R.W.
- 1979 "Trashumance and megalithic tombs in Iberia", *Antiquity*, 53, pp. 150-152.
- 1981 "Archaeological Theory and Communal Burial in Prehistoric Europe", en I. Hodder, G. Isaac, J. Hammond (eds.), *Pattern of the Past. Studies in Honour of David Clarke*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 387-411.
- 1991 *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Crítica, Barcelona.
- Chayanov, A.V.
- 1974 *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Clapham, A.; Jones, M.; Reed, J. y Tenas, M.
- 1994 "Análisis carpológico del proyecto Gatas", en Castro et al. (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c. 2500-900 cal a.n.e.* Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 633-645.
- Colomer, E.
- 1995 *Pratiques sociales de manufactura ceràmica, anàlisis morfològiques i tecnològiques al sud-est de la península Ibèrica, 2200-1500 cal a.n.e.*, Tesis Doctoral de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Contreras, F.; Nocete, F.; Sánchez, M.; Lizcano, R.; Pérez, C.; Casas, C.; Moya, S. y Cámara, J.A.
- 1989 "3a. campaña de excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II, pp. 227-236.
- Delibes, G.; Fernández-Miranda, M.; Fernández-Posse, Ma. D.; Martín Morales, C.
- 1986 "El poblado de Almizaraque", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 167-177.
- Delibes, G.; Fernández-Miranda, M.; Fernández-Posse, Ma. D.; Martín Morales, C.; Rovira, S. y Sanz, Ma.
- 1989 "Almizaraque (Almería): Minería y metalurgia calcolíticas en el sureste de la Península Ibérica", en AA.VV., *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, I, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 81-96.
- Delphy, Ch.
- 1982 *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos*, La Sal, Barcelona.
- Driesch, A. von den
- 1972 *Osteoarchäologische Untersuchungen auf der Iberischen Halbinsel*, Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 3, Munich.
- Driesch, A. von den; Boessneck, J.; Kokabi, M. y Schäffer, J.
- 1985 *Tierknochenfunde aus der bronzezeitlichen Höhensiedlung Fuente Alamo, Provinz Almería*, Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 9, Munich.
- Driesch, A. von den y Morales, A.
- 1976 "Los restos animales del yacimiento de Terrera Ventura (Tabernas, Almería)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 4, pp. 15-34.
- Durkheim, É.
- 1982 *La división del trabajo social*, Akal, Madrid.
- Eiroa, J.J.
- 1994 "Novedades sobre el Calcolítico y Bronce Antiguo en Murcia", en L. Castro y S. Røboreda (eds.), *Edad del Bronce*, Xinzo de Limia, pp. 155-195.

- Falcón, L.
1981/1982 *La Razón Feminista, 1. La mujer como clase social y económica. El modo de producción doméstico. 2. La reproducción humana*, Fontanella, Barcelona.
- Fernández-Miranda, M.
1992 "Recursos naturales y desarrollo cultural durante el Calcolítico en la Cuenca de Vera", en A. Moure (ed.), *Elefantes, Ciervos y Ovicaprios. Economía y aprovechamiento del medio en la Prehistoria de España y Portugal*, Universidad de Cantabria, Santander, pp. 243-251.
- Friesch, K.
1987 *Die Tierknochenfunde von Cerro de la Encina bei Monachil, Provinz Granada*, Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 11, München.
- Gilman, A. y Thornes, J.B.
1985 *Land-Use and Prehistory in South-East Spain*, Allen & Unwin, Londres.
- González Marcén, P.
1991 *Cronología del grupo argárico. Ensayo de fasificación radiométrica a partir de la curva de calibración de alta precisión*, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- González Marcén, P.; Lull, V. y Risch, R.
1992 *Arqueología de Europa, 2250-1200 a.C. Una introducción a la edad del Bronce*, Síntesis, Madrid.
- Grégoire, J.P.
1992 "Les grandes unités de transformation des céréales: lexemple des minoteries de la Mésopotamie du sud à la fin du IIIe millénaire avant notre ère", en *Prehistoire de l'agriculture: nouvelles approches expérimentales et ethnographiques*, Monographie du CRA, 6, CNRS, Paris, pp. 321-339.
- Gusi, F. y Olaria, C.
1991 *El poblado neoneolítico de Terrera Ventura (Tabernas, Almería)*, "Excavaciones Arqueológicas en España", 160, Madrid.
- Harrison, R.J. y Gilman, A.
1977 "Trade in the Second and Third Millennia BC between the Maghreb and Iberia", en V. Markotic (ed.), *Ancient Europe and the Mediterranean. Studies in Honour of Hugh O. Hencken*, Aris and Philips, Warminster, pp. 89-104.
- Harrison, R.J. y Moreno, G.
1985 "El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios", *Trabajos de Prehistoria*, 43, pp. 51-82.
- Hernández, F. y Dug, I.
1975 *Excavaciones en el poblado de El Picacho*, Excavaciones Arqueológicas en España, 95, Madrid.
- Hopf, M.
1991 "Kulturpflanzenreste aus der Sammlung Siret in Brüssel", en H. Schubart y H. Ulreich, *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*, Madrider Beiträge, 17, Philipp von Zabern, Maguncia, pp. 397-413.
- Horsfall, G.A.
1987 "Design theory and grinding stones", en B. Hayden (ed.), *Lithic studies among the contemporary Highland Maya*, University of Arizona Press, Arizona, pp. 323-377.
- Hundt, H.J.
1991 "Gewerbereste aus den frühbronzezeitlichen Gräbern von El Argar (Almería)", en H. Schubart y H. Ulreich, *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*, Madrider Beiträge, 17, Philipp von Zabern, Maguncia, pp. 414-431.
- Kalb, Ph.
1969 "El poblado del Cerro de la Virgen de Orce (Granada)", *X Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 217-225.
- Kramer, C.
1978 "Estimating prehistoric populations: An ethnoarchaeological approach", en *L'Archéologie de l'Iraq du début de l'époque Néolithique à 33 avant notre ère - Perspectives et limites de l'interprétation anthropologique des documents*, Colloque International CNRS, no. 580.
- Kunter, M.
1990 *Menschliche Skelettreste aus Siedlungen der El Argar-Kultur*, Philipp von Zabern, Maguncia.
- Lauk, H.D.
1976 *Tierknochenfunde aus bronzezeitlichen Siedlungen bei Monachil und Purullena (Provinz Granada)*, Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 6, München.
- Leisner, G. y Leisner, V.
1943 *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel: Der Süden*, Walter de Gruyter, Berlín.
- Lull, V.
1983 *La cultura de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Akal, Madrid.
- 1988 "Hacia una teoría de la representación en arqueología", *Revista de Occidente*, 81, pp. 62-76.
- Lull, V. y Estévez, J.
1986 "Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 441-452.
- Lull, V. y Risch, R.
1996 "El Estado Argárico", *Verdolay. Homenaje a la Dra. A. Ma. Muñoz*, Murcia, en prensa.
- Martín Socas, D.
1978 "Aproximación a la Economía de la Mitad Meridional de la Península Ibérica durante el Eneolítico", *Zephyrus*, XXVIII-XXIX, pp. 163-190.
- Martín Socas, D. y Camalich, Ma. D.
1983 "La arquitectura doméstica del eneolítico en la zona meridional de la península ibérica", en *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, vol. I, pp. 437-443.
- Martín Socas, D.; Camalich, Ma. D.; Tejedor, Ma. L.; Rodríguez, A. y González, P.
1985 "Composición mineralógica y evaluación de las temperaturas de cocción de la cerámica de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería). Estudio preliminar", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, pp. 131-186.
- Martín Socas, D.; Camalich, Ma. D.; Mederos, A.; González Quintero, P.; Díaz, A. y López Salmerón, J.J.
1992-1993 "Análisis de la problemática de los inicios de la Prehistoria Reciente en la cuenca baja del río Almanzora (Almería)", *Tabona*, VIII, pp. 493-506.
- Martínez Rodríguez, A.; Ponce, J. y Ayala, Ma. M.
1996 *Las prácticas funerarias de la cultura argárica en Lorca-Murcia*, Ayuntamiento de Lorca, Lorca.
- Marx, K.
1959 *El Capital. Crítica de la economía política-I*, Fondo de Cultura Económica, México.
- 1977 *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política ("Grundrisse")*, Crítica, Barcelona, "Obras de Marx y Engels", 21.
- Mathers, C.
1986 *Regional development and interaction in south-east Spain (6000-1000 b.C.)*, Tesis doctoral, Universidad de Sheffield.
- Matthiae, P.
1982 "Fouilles de Tell-Mardikh-Ebla, 1980: les Palais Occidental de l'époque amorrhéenne", *Akkadia*, 28, pp. 43-65.
- Meillassoux, Cl.
1977 *Mujeres, graneros y capitales*, Siglo XXI, México.
- Menasanch, M.; Risch, R. y Soldevilla, J.A.
1996 "Las tecnologías del procesado del cereal en el Sudeste de la Península Ibérica durante el III y el II milenio a.n.e.", en H. Procopiou (ed.), *Mouldre et broyeur*, Publications du CNRS, Sophia-Antipolis, en prensa.
- Micó, R.
1991 "Objeto y discurso arqueológico. El calcolítico del sudeste peninsular", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 1, pp. 51-70.
- 1993 *Pensamientos y prácticas en las arqueologías contemporáneas. Normatividad y exclusión en los grupos arqueológicos del III y II milenios cal a.n.e. en el sudeste de la península Ibérica*, Tesis doctoral (edición microfotográfica), Publicaciones de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.

- Milz, H.
1986 *Die Tierknochenfunde aus drei argarzeitlichen Siedlungen in der Provinz Granada (Spanien)*, Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 10, München.
- Molina, F.; Contreras, F.; Ramos, A.; Mérida, V.; Ortiz, D. y Ruiz, V.
1986 "Programa de recuperación del registro arqueológico del Fortín 1 de Los Millares. Análisis preliminar de la organización del espacio", *Arqueología Espacial* 8. *Coloquio sobre el microespacio*, Teruel, pp. 175-201.
- Montero, I.
1993 *El origen de la metalurgia en el sureste peninsular*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería.
- Moreno, A.
1993 *El Malagón. Un asentamiento de la Edad del Cobre en el altiplano de Cúllar-Chirivel*, Tesis doctoral microfichada, Universidad de Granada.
- Motos, F. de
1918 "La Edad neolítica en Vélez Blanco", *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, Memoria 19.
- Muñoz, A. Ma.
1983 "Poblado eneolítico del tipo 'Los Millares' en Murcia, España", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 71-75.
- Netolitzky, F.
1935 "Kulturpflanzen und Holzreste aus dem prähistorischen Spanien und Portugal", *Buletinul Facultatii de Stiinta din Cernauti*, IX, pp. 4 y ss.
- Peters, J. y Driesch, A. von den
1990 *Neolithische und Kupferzeitliche Tierknochenfunde aus Süds Spanien. Los Castillejos. Los Millares*, Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 12.
- Ramos, A.; Martínez, G.; Ríos, G. y Afonso, J.A.
1991 *Flint Production and Exchange in the Iberian Southeast, III millennium B.C.*, VI International Flint Symposium, Universidad de Granada-Instituto Tecnológico Geominero de España.
- Renfrew, C.
1972 *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the third millennium B.C.*, Methuen, Londres.
- Risch, R.
1995 *Recursos naturales y sistemas de producción en el Sudeste de la Península Ibérica entre 3000 y 1000 antes de nuestra era*, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Risch, R. y Ruiz Parra, M.
1995 "Distribución y control territorial en el Sudeste de la Península Ibérica durante el tercer y segundo milenio a.n.e.", *Verdolay*, 6, pp. 77-87.
- Rivera, D. y Obón, C.
1987 "Apéndice II. Informe sobre los restos vegetales procedentes del enterramiento calcolítico de La Cueva Sagrada (Comarca de Lorca, Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 3, pp. 31-37.
- Rivera, D.; Obón, C. y Asencio, A.
1988 "Arqueobotánica y paleoetnobotánica en el sureste de España. Datos preliminares", *Trabajos de Prehistoria*, 45, pp. 317-334.
- Ruiz Parra, M.
1990 *El Cabezo Negro: estudio ecoarqueológico de un asentamiento argárico*, Trabajo de investigación presentado en la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Ruiz Parra, M.; Risch, R.; González Marcén, P.; Castro, P.V.; Lull, V. y Chapman, R.W.
1992 "Environmental exploitation and social structure in prehistoric southeast Spain", *Journal of Mediterranean Archaeology*, 5 (1), pp. 3-38.
- Runnels, C.N.
1981 *A diachronic study and economic analysis of millstones from the Argolid, Greece*, Ph.D. thesis, University of Indiana, Indiana.
- Santa-Olalla, J.M.; Sáez Martín, B.; Posac, C.F.; Sopranis, J. A. y Val, E. del
1947 *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de la Bastida de Totana (Murcia)*, Ministerio de Educación Nacional, Comisaría de Excavaciones Arqueológicas, Informes y Memorias, no. 16, Madrid.
- Schlanger, S.H.
1991 "On manos, matates, and the history of site occupations", *American Antiquity*, 56, pp. 460-474.
- Schubart, H. y Arteaga, O.
1986 "Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El 'Argar'", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, pp. 289-307.
- Schubart, H. y Pingel, V.
1995 "Fuente Alamo: eine bronzzeitliche Höhensiedlung in Andalusien", *Madriider Mitteilungen*, 36, pp. 150-164.
- Schüle, W.
1980 *Orce und Galera: zwei Siedlungen aus dem 3 bis 1 Jahrtausend v. Chr. im Südosten der Iberischen Halbinsel I: übersicht über die Ausgrabungen 1962-1970*, Phillip von Zabern, Maguncia.
- Siret, L.
1893 *L'Espagne préhistorique*, Revue des Questions Scientifiques, XXXIV, Bruselas.
1906 *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Madrid.
1913 *Questions de chronologie et d'éthnographie ibériques I: De la fin du Quaternaire à la fin du Bronze*. Paul Geuthner, París.
1948 "El tell de Almazaraque y sus problemas", *Cuadernos de Historia Primitiva*, 2, pp. 117-124.
- Siret, H. y Siret, L.
1890 *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*, Barcelona.
- Stika, H.P.
1988 "Botanische Untersuchungen in der bronzzeitlichen Hohensiedlung Fuente Alamo", *Madriider Mitteilungen*, 29, pp. 21-76.
- Stos-Gale, Z.A.; Hunt-Ortiz, M. y Gale, N.H.
1994 "Análisis elemental y de isótopos de plomo de objetos metálicos de Gatas", en Castro *et al.* (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c. 2500-900 cal a.n.e.*, Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 470-496.
- Suárez, A.; Carrilero, M.; García, J.L. y Bravo, A.
1985 "Memoria de la excavación de urgencia realizada en el yacimiento de Ciavieja (El Ejido, Almería), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, pp. 14-21.
- Suárez, A.; Bravo, A.; Cara, L.; Martínez, J.; Ortiz, D.; Ramos, J.L. y Rodríguez, J. Ma.
1986a "Aportaciones al estudio de la Edad del Cobre en la provincia de Almería. Análisis de la distribución de yacimientos", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 196-207.
- Suárez, A.; Carrilero, M.; Mellado, C. y San Martín, C.
1986b "Memoria de la 'excavación de urgencia' realizada en Ciavieja, El Ejido (Almería)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, pp. 20-24.
- Ulreich, H.
1995 "Observaciones sobre las puntas de hueso en el edificio IB1-6 del Cerro de la Virgen (Orce, Granada)", en M. Kunst (ed.), *Origenes, estructuras e relaciones de culturas calcolíticas de la Península Ibérica*, Actas das Primeras Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras, Lisboa, pp. 263-272.
- Vila, A.; Clemente, I. y Gibaja, J.F.
1994 "Análisis de la industria lítica de Gatas", en Castro *et al.* (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c. 2500-900 cal a.n.e.*, Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 426-439.
- Weiss, H.; Courty, M.A.; Wetterstrom, W.; Guichard, F.; Senior, L.; Meadow, R. y Curnow, A.
1993 "The genesis and collapse of third millennium North Mesopotamian Civilization", *Science*, 261, pp. 995-1004.
- Wilson, J.M. y Witcombe, J.R.
1985 "Crops for arid lands", en G.E. Wickens, D.V. Goodin y D.V. Field (eds.), *Plants for arid lands*, Allen and Unwin, Londres, pp. 35-52.

